

Nosotros, que nos quisimos tanto

En tres actos

Santiago Martín Bermúdez

PERSONAJES

PACO. 45 años.

FERNANDO. 40 años.

SILVIA. 43 años.

CHARO. 20 años.

CARLOS MEDINA. 45 años.

ESCENOGRAFÍA

Los tres actos de esta comedia se desarrollan en un mismo decorado. Es la casa que comparten PACO y FERNANDO, un salón que da al resto de las piezas de la vivienda, a la cocina y a la puerta de la calle.

En este salón reina una pobreza digna, sin detalles de mal gusto. No ha de sugerir austeridad, sino carencia. Los elementos de mobiliario que precisa la acción son los siguientes: la mecedora de PACO, a cuyos pies se acurruca FERNANDO; una mesita a su alcance; una mesa de comedor; sillas; un aparador con vasos y alguna botella, en especial el veterano de PACO; y una televisión con vídeo. Caben, desde luego, otros muebles, adornos, cuadros, pero han de sugerir un hogar menesteroso, con paredes y rincones desnudos.

DURACIÓN

Las duraciones son aproximadamente las siguientes:

Acto I: 50 minutos.

Acto II: 30 minutos.

Acto III, escena 1: 16 minutos.

Acto III, escena 2: 12 minutos.

Una puesta en escena de esta comedia podría aconsejar algunos cortes que hicieran menos dilatada la acción.

ACTO I

Al alzarse el telón, vemos a PACO y a FERNANDO. Se encuentran en una postura que será característica: PACO está sentado en su mecedora, frente a la televisión que puede oír y también imaginar. Ahora está desconectada. A los pies de PACO, como segundo elemento de la postura habitual de esta pareja, se encuentra FERNANDO. Tardamos unos instantes en advertir que están jugando y de qué juego se trata. También tardamos en comprender cómo el ciego PACO y el mudo FERNANDO consiguen comunicarse casi perfectamente. Lo hacen mediante un lenguaje táctil por parte del segundo, que el primero percibe, comenta, somete a paráfrasis. La indicación *tacto* señalará siempre una de esas acciones por parte de FERNANDO. En tales momentos, el monólogo de PACO sólo será aparente: en realidad, dialogan. FERNANDO ríe, pero no le oímos. Su mudez es completa, ni siquiera emite sonidos. Se burla de las vacilaciones de PACO, que se está esforzando en adivinar algo.

PACO.- Me lo has puesto difícil, ¿eh? Seguro que te has documentado. Eso es jugar con ventaja. Sabes que yo no puedo leer esas malditas enciclopedias...

(**Tacto de FERNANDO.**)

Sí, ya sé, ya sé, el tiempo pasa... ¿Cuántas pistas llevo? (**Tacto.**)
¿Tres ya? No puede ser. Me haces trampas... (**Tacto.**) Está bien,
te creo. Qué remedio, tengo que creerte... A ver, repite las
fichas otra vez...

(**FERNANDO parece leer un papel y le comunica parte del
contenido a PACO mediante el tacto.**)

Protagonista, Gilbert Roland... Pueden ser tantas... basado en
una novela de Franz Werfel... Deletrea bien, coño. Werfel, me
suena, pero no lo he leído en mi vida... (**Tacto.**) Música de Max
Steiner... Con eso me has hecho polvo, Fernando. Pues anda,
que no tiene música de películas el Steiner... *Lo que el viento se
llevó, El sueño eterno, Casablanca, King Kong, Centauros del
desierto...* Qué sé yo, la tira... (**Tacto.**) En fin, qué remedio. Sí,
pido cuarta pista. (**Tacto.**) ¿Quién?... Ah, que la música tenía
que haberla compuesto Stravinski, Igor Stravinski... (**Se anima.
Paladea con anticipación su victoria.**) Te has caído con todo
el equipo, muchacho. (**Dice el título con delectación.**) *El
milagro de Fátima.*

(**FERNANDO retira las manos, decepcionado.**)

No te lo esperabas, ¿eh? (**Ríe.**) Tú te crees que con eso de la
música me vas a ganar siempre. Pues ya lo has visto. Vuelve por
otra, ja, ja, ja. *El milagro de Fátima.* No te jode. Ahí teníamos
que ir tú y yo, a Fátima o a Lourdes. Piensa un poco. Llegamos
allí, tú mudo y yo ciego. Virgencita, cúranos. Y de repente, yo
grito ¡veo, veo! ¡Gracias Virgencita! Y entonces tú te pones a
hablar como una cotorra ¡Milagro, milagro!

(**Ríe, pero FERNANDO no le acompaña, mohíno.**)

Bueno, ahora me toca a mí. No vas a tener ni con las diez pistas, tramposo. Mira que ponerme esa mierda de película. Pero te has denunciado con lo de Stravinski. Lo has leído en un número atrasado de *Dirigido por*, ¿a que sí? Allí mismo lo leí yo en tiempos. No siempre he estado ciego, ¿o es que ya no te acuerdas? (**Tacto.**) Sí, ya te pongo tu película. Te vas a enterar. (**Piensa.**) A ver... Sí, ya está. Primera: música de Max Steiner.

(**FERNANDO le mira con rabia. PACO ríe.**)

Como si te estuviera viendo la cara, Fernandito. (**Ríe con ganas.**) Cómo me anima este juego ¿A que no parezco un suicida frustrado?

(**Pausa. Disimulado dolor de ambos.**)

¿A que no...? (**Gesto de amargura de PACO, que golpea un brazo de la mecedora.**) Segunda: Peter Lorre como actor secundario. Por lo menos ya sabes la época, más o menos. (**Ríe, intentando animarse de nuevo.**) Tercera. ¿Digo la tercera o ya has adivinado la película?

(**Ríe de nuevo. FERNANDO le mira con ternura, nada mortificado, contento de verle reír. Tacto.**)

¿Con que quieres la tercera, eh? Pues allá va... Pero no te pongas tierno, que te noto la mano muy blanda. Ya te he dicho que no tienes que preocuparte, no habrá segundo intento. Viviré lo que tenga que vivir, maldita sea... (**Tacto.**) Si no me enrolló. La culpa es tuya, que te pones hecho un merengue porque me río... y lo que yo quiero es cabrearte, ¿te enteras? Y te vas a cabrear. Esta película no la vas a adivinar. Va la tercera. (**Triunfal.**) Basada en una comedia de Joseph Kesserling (**Ríe. En el momento, tacto.**) ¡Cómo! ¡Maldita sea! ¡Lo has adivinado!

(**Regocijo de FERNANDO. PACO está profundamente decepcionado.**)

Arsénico por compasión... Te he dado la pista con el autor de la comedia, ¿no? (**Tacto.** PACO cae entonces en la clave.) Acabáramos. Cómo se me ha podido olvidar eso. Si me has dado la murga con ese papel tuyo en el instituto durante años... Y he visto las fotos... Es que no me fijo, pierdo la memoria.

(Suenan el timbre de la calle.)

Ve a abrir, es Charito. O sea, que ya es hora de llevar la carta.

(FERNANDO se levanta y sale a abrir. Regresa en seguida con CHARO. La joven habla al convaleciente con buen humor contagioso. PACO se deja mimar y acentúa su desánimo.)

CHARO.- Buenas tardes, don Francisco. ¿Cómo estamos hoy? (**Le besa.**)

PACO.- Fatal, hija, fatal...

CHARO.- No me diga eso. Si está hecho un brazo de mar. No tiene derecho a quejarse. Le voy a preparar un caldito que le va a dejar nuevo. No tardo nada. (**Se va por la puerta que conduce a la cocina.**)

PACO.- Fernando, ya puedes llevar la carta.

(FERNANDO toma un sobre que hay encima de una mesa.)

Tú insiste todo lo que haga falta, ¿entendido? Tú le conoces. Habrá cambiado, como todos nosotros, pero supongo que estará reconocible. Hace unos años lo estaba, más o menos...

(FERNANDO se acerca. **Tacto.**)

Lo sé Fernando, lo sé... Yo también te quiero... **(Tacto.)** ¿Y qué quieres que haga? Nada puede ser ya como antes. Y esto, aún menos. Anda, que se estará haciendo tarde. Ah, no te olvides de traer la película. Sácala ahora, que el vídeo-club cierra muy pronto. **(Dirige su rostro hacia FERNANDO, parado frente a él, como si pudiera verle. Permanece así unos instantes.)** Por favor, Fernando, acércate.

(Abre los brazos. FERNANDO se inclina hacia él. Se abrazan.)

Suerte... suerte... nos hace mucha falta... Ahora vete. **(Tacto.)** Echaré una cabezadita. Estoy muy cansado. Me das mucho trabajo con tus adivinanzas.

(FERNANDO le coloca un cojín a modo de almohada en el respaldo.)

Gracias, Fernando. Ahora, vete.

(FERNANDO le besa ligeramente en los labios. PACO parece adormecerse en seguida. FERNANDO le mira unos instantes y sale con la carta en la mano. PACO parece adormilarse. Transcurren unos segundos, que darán sensación de varios minutos. Entra CHARO con una bandeja.)

CHARO.- Pero bueno... ¿es que se me ha dormido usted?

PACO.- (Recuperándose.) No, mujer... me había quedado traspuesto.

CHARO.- (Coloca la bandeja en una mesa frente a PACO.) Pues lo que es hoy, no me marchó hasta que no se lo haya comido usted todo.

PACO.- (Su tono es ahora el de una persona considerablemente disminuida en su capacidad de reacción, vulnerable, temerosa de molestar.) Vete si quieres, yo me apañaré solo, ya verás.

CHARO.- Eso sí que no, don Francisco. Que se queda usted dormido y se enfría todo. O llega Fernandito y se lo come él.

PACO.- ¿Fernando? El pobre...

CHARO.- Si, el pobre, pero ahí lo tiene usted, hecho una rosa, y usted casi se nos muere. Tiene usted que comer.

PACO.- Charo, bonita, no tengo ganas. Mira cómo estoy.

CHARO.- Déjese usted de cuentos, don Francisco, que está recuperado de sobra. Otro caldito y un filetillo de nada. No se ponga mimoso.

PACO.- No, de verdad, es que...

(Pero ella se impone. Le da el caldo con la cuchara.)

CHARO.- Ni es que, ni nada. A comer.

(La sorprendente autoridad de la joven hace que PACO empiece a recuperar su estado normal.)

PACO.- Está bien, está bien. Dame la taza. Me la tomaré yo mismo. **(Se bebe el caldo de la taza, bajo la atenta mirada de CHARO.)**

CHARO.- Así me gusta. Ahora, el filete.

PACO.- No, Charo, bonita, muchas gracias. Con el caldo es suficiente. Estaba muy bueno, para resucitar un muerto...

CHARO.- Cállese, por el amor de Dios. Resucitar un muerto. Eso sí que es mentar la sogá en casa del ahorcado.

PACO.- No lo tomes así. Son cosas que se dicen. **(Apura la taza.)** ¿ves? Ya estoy como nuevo.

(CHARO se acerca a retirar la taza que el ciego no sabe dónde colocar. La toma y PACO le acaricia el talle.)

Charo, ven aquí.

CHARO.- (Que ya lo esperaba, no se retira. Expresa su fastidio con cuidado de no resultar ofensiva. Casi maternal.)
Don Francisco, ya está usted otra vez con lo mismo. Si se entera mi Ramón...

(PACO la coloca en sus rodillas. La abraza, pero no se muestra procaz.)

Don Francisco, por favor. Se le va a enfriar la carne.

PACO.- ¿Cómo eres, Charo? Dímelo, por favor. Cómo eres.

CHARO.- Pero si se lo he dicho mil veces. Soy morena, soy bajita. Tengo veinte años. Podría ser su hija. ¿No le da a usted vergüenza?

PACO.- Dímelo otra vez. Repítemelo. Tengo mala memoria. Cómo me gustaría poder verte.

(CHARO intenta desasirse sin brusquedad.)

No, no te vayas. En seguida te irás, no te preocupes. Un ratito, sólo un ratito. Si me atrevo a hacer esto es porque sé que me vas a dejar. Eres muy buena, Charo. Piensas que a lo mejor vuelvo a tomarme las píldoras. No quieres tener remordimientos. ¿A que sí? Pero no me importa, pequeña, no me importa. A mí me basta con esto. Ahora dime, cómo eres. Venga, mujer, dímelo.

CHARO.- ¿Y qué quiere usted que le diga? No sé cómo empezar.

PACO.- Fernando lo hace muy bien. Yo le pregunto cómo es una persona y él la describe con todo detalle.

CHARO.- No diga usted sandeces, don Francisco. El pobre Fernando no puede decir ni una sola palabra.

PACO.- A los demás, no. Pero a mí sí.

CHARO.- Si usted lo dice.

PACO.- Dime, ¿cómo eres?

CHARO.- Soy pequeña.

PACO.- Eso ya me lo has dicho. ¿Eres bonita?

CHARO.- Eso dicen.

(PACO le toca la cara.)

¿Qué hace usted, don Francisco?

PACO.- Sí que eres bonita, sí. Además, Fernando me lo ha dicho.

CHARO.- Entonces, sabe que a usted le gustan también las mujeres.

PACO.- Claro que lo sabe. Pero no soportaría que estuviera con una. Podría ser terrible. ¿Sabes lo que me hizo una vez? Me cambió la disposición de los muebles de la casa.

CHARO.- ¿Cómo...? (De repente, comprende y se echa a reír.) ¿Es posible...? ¿Y qué pasó?

PACO.- Que me di un montón de golpes, hasta que me quedé en un rincón y le retiré la palabra. No pensaba volver a hablarle hasta que no colocara los muebles en su sitio.

CHARO.- ¿Y qué hizo?

PACO.- Los volvió a poner en sus lugares respectivos, desde luego. Fernando es un pasional, tiene la sangre muy caliente, es irreflexivo. Pero a la larga, se le puede dominar.

CHARO.- ¿Y qué pasaría si llegase en este momento y nos viera así?

PACO.- Aún tardará. Lo he mandado lejos.

CHARO.- ¿Para quedarse a solas conmigo?

PACO.- Tenía que enviar un mensaje urgente y lo mandé a él. Es mi báculo, mi apoyo. Sin él, no podría hacer nada.

CHARO.- Y usted se lo paga toqueteando a la pobre Charo. (Se levanta y se ve libre de PACO, que no ha intentado retenerla.) El filete se va a enfriar. Qué desastre. ¿Para eso le hago a usted comiditas?

PACO.- (Sonríe, como si pidiera disculpas por lo que va a decir.) Dime cómo eres, Charo.

CHARO.- (Al mismo tiempo halagada y fastidiada.) Qué hombre este, será posible. Pues se lo diré. Soy fea, huraña y mandona.

(Empieza a cortar el filete. Pincha uno de los trozos con gran energía y se lo mete en la boca al desprevenido PACO, que se pone a masticar sin por ello dejar su tema.)

PACO.- Charo, dime, ¿cómo tienes las tetas?

CHARO.- ¿Es que no lo sabe usted?

PACO.- Bien sabes que no me he atrevido a tanto.

CHARO.- Pero se lo habrá contado Fernando. A su manera, claro.

PACO.- Dime cómo las tienes.

CHARO.- Pequeñitas.

PACO.- ¿Pequeñitas? Como a mí me gustan ¿Cómo de pequeñas?

CHARO.- (Le pone un puño en la mano.) Más o menos así.

PACO.- ¿Tan duras?

CHARO.- No tanto.

PACO.- Pues no consigo hacerme una idea.

CHARO.- Ya sé lo que pretende usted, don Francisco. Pero ni lo sueñe... (Introduce otro trozo de filete en la boca del ciego.)

PACO.- No, mujer, si yo...

(Recibe el trozo de filete, calla y mastica. Silencio.
CHARO corta más trozos de filete, casi con furia.)

CHARO.- (Mientras mastica PACO, ella ya tiene dispuesto un nuevo trozo.) Venga, coma usted y verá cómo se recupera en unos días. **(Otro trozo.)** Pronto volverá a escribir versos.

PACO.- Ya no los escribo. Hace años. Los dos libritos que escribí deben de estar en la estantería del dormitorio. En esta casa ya no quedan libros apenas, para qué. Fernando no lee, y yo... yo tampoco. ¿Sabes? Yo era director de cine. Hice dos películas.

CHARO.- ¿Y por qué no hace más? **(Aprovecha para introducirle otro trozo de filete.)**

PACO.- (Masticando.) No seas tonta, Charito, hija. Ha habido magníficos directores de cine tuertos, pero no puede haber directores de cine ciegos.

(Ella está desolada ante su metedura de pata. Él cambia de tono.)

Claro que... mucho antes de quedarme ciego ya había dejado de hacer cine. ¿Sabes? En el mundo del espectáculo no te das cuentas cuándo te has ido, cuándo te han expulsado. Siempre crees que vas a volver. De repente, te das cuenta de que lo último que hiciste fue... hace años. Eso quiere decir que te has ido de la profesión. Eso me pasó a mí. Cuando tuve el accidente, hacía diez años que no me ponía detrás ni delante de una cámara. Y Fernando, casi lo mismo.

CHARO.- (Otro trozo de filete.) Entonces es por eso por lo que usted...

PACO.- No sé. Tal vez... ¿Sabes lo que pienso? Que si algo no soporto es que no haya quien me lea cuentos por las noches.

CHARO.- ¿Cuentos? ¿Como a los chicos?

PACO.- Sí, más o menos como a los chicos. Yo leía muchos, ¿sabes? Devoraba páginas y páginas. Lo echo de menos. Es muy duro no poder ver una carita como la tuya y no leer un cuento.

CHARO.- Pero entonces ¿Fernando no le lee a usted esos cuentos?

PACO.- Mujer, pero si Fernando es mudo, qué va a leer.

CHARO.- ¿Pues no dice usted que le habla? (**Le da otro trozo.**) El último, don Francisco.

PACO.- Sí, pero eso es distinto. Me toma de la mano y me dice cosas. Pero no puede leerme un cuento. Para eso hace falta alguien que tenga una voz especial, que le dé un sentimiento, un cariño, algo. Alguien a tu lado con una voz que resuene.

CHARO.- Como una madre que cuenta cuentos...

PACO.- ¿Tu madre te los contaba a ti?

CHARO.- No, qué más hubiera querido yo. Mi madre no sabe leer. Y yo, no mucho. ¿Sabe? Dicen que mi bisabuela contaba historias de miedo, de desaparecidos y de brujas.

PACO.- Pero eso es en Galicia...

CHARO.- Y aquí también, hombre de Dios ¿O es que se cree usted que en la huerta no ha habido almas en pena, ajusticiados, crímenes, amores rotos...?

PACO.- Me consta que sí, mujer. Pero no sabía que eso les daba aquí para cuentos.

CHARO.- Qué pena ser tan inculta, don Francisco. Si yo supiera leer bien y tuviera una voz que resonara, yo misma le leería un cuento todos los días.

PACO.- Tampoco mi madre me leía cuentos. Alguna vez. Jugaba conmigo, me llevaba a todas partes, me compraba cosas, muchas para la época. Pero leerme cuentos... no, no solía leérmelos.

CHARO.- (**Se dispone a retirar la bandeja.**) ¿No se toma usted el postre?

PACO.- (**Actitud de reacción que la propia CHARO esperaba.**) No, por favor, Charito, te suplico que...

CHARO.- Está bien, está bien, se lo perdono. ¿Y lo bien que ha comido? Y todo porque me he quedado para dárselo yo misma. (**Se va a llevar la bandeja y se detiene.**) Seguro que quiere usted un cigarrito.

PACO.- ¿Me vas a dejar fumar?

CHARO.- ¿Para qué amargarle la vida?

PACO.- Eres un ángel, pequeña.

CHARO.- Además, en cuanto salga yo por esa puerta, seguro que se pone a echar humo. Fume, no se prive por mí. **(Sale con la bandeja.)**

PACO.- **(Saca pitillo y mechero. Fuma.)** Qué pocas cosas me quedan. Hay que joderse. ¿Que me sienta mal el tabaco? Mejor, a ver si reviento.

(Regresa CHARO.)

CHARO.- Me voy ya, don Francisco, si usted no manda nada.

PACO.- Sí que mando. Ven aquí, Charo, bonita.

CHARO.- **(En guardia.)** Tenía que haber salido de esta casa hace media hora, ya me ha entretenido demasiado.

PACO.- Te digo que vengas aquí.

CHARO.- ¿Para qué?

PACO.- Un poquito de postre, mujer.

CHARO.- **(Le acerca un cenicero.)** Está usted tirando la ceniza al suelo.

PACO.- Gracias, pequeña.

(Con suavidad, la coloca de nuevo en sus rodillas. Ella se lo permite, en silencio.)

¿Sabes cómo te imagino? Linda, con cara de niña, vivaracha, con mucha vitalidad, llena de fuego, siempre corriendo, como una bicicleta, como un potrillo, como una lagartija... No te pareces a nadie que haya conocido antes. Eres de otro natural, de esta tierra dura y sensual donde nadie cree en nada. Te imagino... bella, pequeña, bien formada, burlona, sin escrúpulos... Como mi tierra... ¿Por qué he vuelto a esta tierra, si en realidad soy un cortesano? ¿Cómo se me ocurrió volver a esta gleba cuando los más pícaros de esta tierra de pícaros han ido a ocupar la misma corte que ha sido mi casa durante treinta años? Tienes razón, Charo, tienes toda la razón... ¿Para qué vas a decirme cómo eres? ¿Para qué, si yo puedo imaginarlo mejor que si te viera?... Bésame...

CHARO.- (Sin desasirse, con desánimo, aunque con comprensión.) Venga, don Francisco, eso no se lo cree ni usted.

PACO.- Las tetas, por lo menos, quisiera saber cómo...

CHARO.- (Se libra de su abrazo, sin violencia alguna.) Se acabó la sesión por hoy, don Francisco de mi vida. Me espera mi Ramón, que debe estar mosqueadísimo conmigo. Fíjese usted, si se le ocurriera subir a ver qué pasa.

PACO.- A él sí que le besas, ¿eh?

CHARO.- Para eso están las novias, don Francisco, para que los novios las besen. ¿Le parece a usted mal?

PACO.- Lo que me parece mal es que no me dejes a mí que te bese.

(Suena el teléfono.)

CHARO.- ¿Se apuesta algo a que es el Ramón? Este me pega hoy...

PACO.- Que no se le ocurra... (**Alarga la mano al auricular y descuelga, con cierta agresividad, convencido de que quien telefonea es, en efecto, el novio de CHARO.**) ¡Diga! (...) Sí, soy yo... (...) ¿Un mensaje? ¿Un mudo? Si, ya sé a lo que se refiere. Lea usted, por favor. (...) Caramba. Muchas gracias. Por favor, dígame al mudo que se ponga. (...) Ya lo sé, ya lo sé. No pretendo que me diga nada, soy yo quien va a hablarle. Oír, sí que oye. (...) Fernando, escucha, ¿me oyes? Da un golpecito, coño, que si no, no me entero de que estás ahí. (...) Eso, así. Con que aún no ha llegado. Bueno, has hecho bien en no entregar la carta. Quiero contestación. Enseñas la nota donde pone «se espera contestación». Tú te quedas a la puerta, y cuando le veas, le entregas el sobre. Oye, espera, a lo mejor lleva escoltas. (**A CHARO, que se está poniendo guapa para irse.**) Charo, ¿sabes tú si los consejeros de la Comunidad Autónoma llevan escoltas?

CHARO.- No tengo ni idea, don Francisco. Ni siquiera sé para qué sirven los consejeros esos.

PACO.- (**Continúa hablando por teléfono.**) Bueno, pues tú te esperas. Si le ves solo, se lo das directamente. Si no, te diriges a los escoltas... Claro, que cuando vean que eres mudo, pueden pensarse cualquier cosa. Da mucha impresión un mudo. Entiéndeme lo que quiero decir. Imagínate que voy yo, así, de ciego. Entonces la armamos del todo, Fernando, vaya sainete. Mira, tú te esperas un rato, media hora o así. Si no ha venido para entonces, le dejas el sobre en su casa y le escribes que llame aquí. Hasta luego. (**Cuelga. PACO suspira.**)

CHARO.- ¿Ese sobre es para don Carlos Medina?

PACO.- Sí, ¿cómo lo sabes?

CHARO.- Conozco a la chacha de esa casa. No se preocupe por lo que haga o deje de hacer don Carlos, no tiene importancia. Hay cosas peores.

PACO.- Hay cosas peores... Soy yo el que está a punto de morirse y encima le escribo en lugar de escribirme él. O de venir a verme, que es la obligación de un amigo. Ha salido en todos los periódicos de la región y ha tenido los huevos de no escribir. ¿Qué creará? ¿Que le voy a pedir una pensión extraordinaria?

CHARO.- No se haga mala sangre, don Paquito, que no es eso. ¿No sabe usted lo atareada que está siempre esa gente? Don Carlos no ve a sus hijos más que en fotografía.

PACO.- Está bien, Charo, está bien... Se te está haciendo tarde.

CHARO.- ¿Le pongo la televisión?

PACO.- Sí, sí. Ya debe de ser la hora de las noticias.

CHARO.- (Pone la televisión.) Pues ahí la tiene. Fíjese usted lo bien que se ve el color en esta casa, no como en la mía. **(Gesto de advertir su nueva metedura de pata.)** Don Francisco, mejor me voy. Ahí le queda la televisión puesta.

(Suena el timbre de la calle casi al mismo tiempo que el tenue sonido de la televisión.)

PACO.- Llaman. ¿Quién puede ser?

CHARO.- Será don Fernandito. Y querrá que le ponga la cena. Pues conmigo que no cuente.

PACO.- No puede ser Fernando. Todavía tardará un buen rato.

CHARO.- (Sale, mirando el reloj de pulsera.) El Ramón me mata, lo que es hoy, me mata.

PACO.- (A solas.) Carlos... ¿Te haces el sordo, verdad? ¡Cómo he podido llegar a esto!

(Se mece con agitada amargura. Regresa CHARO.)

CHARO.- Don Francisco, es una señora. Dice que quiere hablar con usted.

PACO.- ¿Cómo se llama?

CHARO.- No ha querido decírmelo. Por lo visto, es una sorpresa.

PACO.- ¿Cómo es la señora?

CHARO.- No sé... Con su permiso, le diré que ya no es ninguna niña.

PACO.- Vaya por Dios. ¿Cuál será la sorpresa, entonces?

CHARO.- ¿Qué le digo, don Francisco? No puedo dejarla ahí de pie todo el rato, entre el perchero y el contador de la luz.

PACO.- Dile que pase.

CHARO.- ¿Quiere que me quede un rato?

PACO.- No, mujer, vete ya. Será la asistente social, me lo temo. Hoy es demasiado tarde para ti. Tu novio se va a enfadar. A mí no me hacían esperar tanto las mujeres.

CHARO.- Como usted diga, don Paquito. **(Sale.)**

PACO.- Y dale con don Paquito... La culpa la tengo yo por darle tantas confianzas... Y para lo que me sirve... **(Regresa CHARO, acompañada de SILVIA.)**

CHARO.- Está muy mejorado, sí. Dentro de unos días, como nuevo. ¿Verdad, don Pa... digo, don Francisco?

PACO.- Está bien, Charo, puedes irte. A lo mejor entonces esta señora me dice qué quiere de mí. Aquí Francisco Ojeda Fuentes, para servirle. **(Tiende la mano.)**

SILVIA.- **(Le toma la mano que le ha tendido, pero lo hace con ternura, apretándola.)** Yo me llamo Silvia Aguirre Sánchez, para servirte.

(PACO ha tenido un gesto de profundo estupor.)

PACO.- ¡Silvia...! (Con su otra mano abarca las dos que le apretaban. El estupor se convierte en emoción.) ¡Silvia! ¿De veras eres tú? **(Consigue levantarse sin soltar a SILVIA.)**

SILVIA.- **(También emocionada.)** ¿Quién iba a pasarse por mí a estas alturas?

PACO.- Silvia... Abrázame... **(Se abrazan, emotivos, llorosos.)** No puedo creerlo. Silvia, Silvita... ¿De dónde has salido?

SILVIA.- ¿De dónde voy a salir? De Bilbao.

PACO.- ¡Cómo! ¿Volviste a tu tierra?

SILVIA.- Tú has vuelto a la tuya.

PACO.- Es distinto. No tuve otro remedio.

SILVIA.- **(Con tristeza contenida.)** Tampoco yo lo tuve.

(CHARO ha observado todo con curiosidad, suspensa y sin saber qué hacer. Los otros dos siguen abrazados, y entre sus risitas y suspiros advierte la oportunidad de irse por fin.)

CHARO.- Bueno, don Francisco... y compañía... Yo me voy. Creo que se queda usted en buenas manos.

(Pero los otros siguen a lo suyo.)

PACO.- ¿Y a qué has venido desde Bilbao?

SILVIA.- ¿Será posible que me preguntes a qué he venido?

CHARO.- Lo dicho, señores... Que me voy... **(Vacila.)** ¿Les quito la tele? **(La desconecta.)**

PACO.- No me digas que has venido sólo para verme a mí.

SILVIA.- ¿Y a qué se puede venir a esta tierra, si no?

CHARO.- Que digo que buenas noches...

(Va hacia la puerta. Los otros dos no reaccionan y ella los deja por imposible. Sale.)

PACO.- Podías venir a alguna cuestión profesional. Tú sigues en el cine, seguro que sí.

SILVIA.- En una distribuidora. Contabilidad. Sí, puede decirse que sigo en el cine.

PACO.- ¿Contabilidad tú? Esa sí que es buena. No te veo llevando nada parecido.

SILVIA.- Ha pasado demasiado tiempo, Paco. Sus buenos diecisiete años. Ya no soy la misma.

PACO.- Búscate una silla y ponte a mi lado. Tienes muchas cosas que contarme.

SILVIA.- (**Acerca una silla.**) Y tú a mí. Eso espero, al menos.

PACO.- (**Se sienta.**) Yo tengo muy poco que contar. Muy poco que tenga interés.

SILVIA.- Eso lo veremos. Me parece que voy a tener que sonsacarte.

(**PACO ríe sordamente.**)

¿Cuándo te quedaste ciego?

PACO.- Hace ya mucho tiempo. Fue un estúpido accidente. Del que, por cierto, prefiero no hablar. Fue por hacer trabajitos que no me correspondían. (**Risita.**) Pero no sabes lo mejor. Fernando se quedó mudo (**Ríe.**)

SILVIA.- Sí, también me he enterado de eso.

PACO.- ¿Quién te lo dijo?

SILVIA.- Roldán.

PACO.- (**Evoca.**) Roldán... Ah, sí, ese está montadísimo. Dime la verdad. ¿A que se rió cuanto te contó que Fernando se había quedado mudo? Todo el mundo se ríe ante una pareja así. Eso, los que no nos conocieron en aquel entonces. Los otros, aunque no los veo, puedo imaginarlos. Los ídolos caídos... ¿Cuándo te has enterado?

SILVIA.- Me he enterado de todo a la vez. De tu ceguera, de lo de Fernando y de tu chiquillada. Pero lo que más sorprendida me ha dejado, aunque no lo creas, es que Fernando y tú sigáis juntos.

PACO.- ¿Qué quieres que hagamos? Mutilados de guerra y sin un duro ni posibilidades de ganarlo. Tal para cual.

SILVIA.- ¿Y tu familia?

PACO.- Gracias a ellos vivo. Y menos mal que Fernando tiene familia también. Tenemos nuestra pensión de invalidez y todo. Una miseria. Pero entre unos y otros, todo marcha más o menos. En nuestro lugar, cualquiera se sentiría en la gloria. Vivir de la caridad, vaya chollo. ¿Y a ti, cómo te ha ido?

SILVIA.- ¿Empiezo desde el principio?

PACO.- Me imagino cuál es el principio. Puede omitirlo, si prefieres, y empezar desde después del principio.

SILVIA.- Pero si no me importa... El principio fue cuando me dejaste... Cuando me dejaste por Fernando. Éramos muy jóvenes, pero yo me había acostumbrado a ti. Te eché de menos.

PACO.- Pues ya me ves. Sigo siendo el mismo. Tan apuesto, tan arrogante, tan triunfador. ¿Tuviste muchos amores?

SILVIA.- Demasiados.

PACO.- No podían faltarte los novios que quisieras. Chiquitita, pero bien formada y con una cara preciosa. Estoy seguro de que por ti no ha pasado el tiempo.

SILVIA.- No quisiera decirlo, pero me alegro de que no puedas verme.

(PACO queda afectado por las palabras de SILVIA.)

Venga, Paco, sabes perfectamente lo que quiero decir. No puedes imaginarte cómo he cambiado. Ya no quedan ni los flecos.

PACO.- ¿Por eso has dejado de hacer cine?

SILVIA.- Dejé de hacer cine mucho antes de... del deterioro. Seguí con papelitos. Las dos películas que hice contigo no contaban. De repente, no me tenía nadie en cuenta. Tardé en percatarme. Una se resiste a dejarlo. Pero lo tuve que dejar.

PACO.- Y te dedicaste a la contabilidad.

SILVIA.- Eso fue más tarde. Intenté el doblaje, pero ahí no hay quien se meta. Hasta que me salió lo de la distribuidora, en Bilbao. Me sentía tan sola, que me fui allí. Por lo menos, veo a mi madre y a mi hermana.

PACO.- ¿Y el amor?

SILVIA.- Tengo un novio. No es el gran amor. Ni siquiera vivimos en la misma casa. Pero es mejor que nada. Tú sigues con Fernando. Me parecía imposible. A ti siempre te han gustado las mujeres.

PACO.- Fernando ha sido siempre una mujer. Era una belleza espléndida, completamente femenina. Yo también me alegro de no poder verle, cuando lo pienso. Tampoco su piel es ya la misma. La ha echado a perder. ¿Y yo? ¿Recuerdas cómo era yo entonces?

SILVIA.- Unas castañuelas. El chico más divertido del mundo. Tenías gracia en todo: en el rodaje, tomando copas, en los viajes...

PACO.- ¿Y en la cama?

SILVIA.- Ahí más que en ningún sitio. No lo quería decir.

PACO.- ¿Te puedo hacer una pregunta?

SILVIA.- Me la imagino. (**Pausa. Risitas.**) Sí, sigo haciendo el amor. No mucho, pero eso une a las parejas. Es un mal necesario.

PACO.- ¿Un mal necesario? No te reconozco en eso. A veces eras ardiente.

SILVIA.- A veces.

PACO.- ¿Y ahora ya no?

SILVIA.- No. No es sólo con él. Es con cualquiera.

PACO.- ¿Dónde se ha quedado aquella pantera que a veces se arrojaba encima de mí con voracidad?

SILVIA.- Ya lo ves. Tú estás ciego, Fernando se quedó mudo... y yo soy una frígida...

(Ríen ambos, por primera vez de buena gana.)

PACO.- (**Aún sin dejar del todo de reír.**) ¿Y cómo fue eso? ¿De la noche a la mañana?

SILVIA.- Más o menos. Otro accidente.

PACO.- ¿Se queda una frígida por un accidente?

SILVIA.- Lo atribuyo a un accidente... que yo no tuve.

PACO.- Caramba...

SILVIA.- Hubo un tiempo en que estuve encoñadísima por un tipo que me traía por la calle de la amargura. Un tío guapo, más joven que yo. Estaba casado y me puteaba a modo. No podía aguantar aquello, pero no era capaz de dejarle. No te rías, ya sé que es una historia banal, muy vista, muy manoseada. Un día nos peleamos, una de tantas peleas. Se marchó con un ataque de ira que era para echarse a temblar. Unos cuantos kilómetros más allá, se estrelló.

PACO.- Me parece una relación causa efecto un poco traída por los pelos. ¿Pretendes decirme que desde entonces ya no sientes nada?

SILVIA.- Desde entonces empecé a sentir menos inclinación hacia los hombres. Tardé en darme cuenta. Al principio lo atribuí al disgusto. Una tiene su corazoncito y puede guardar sus lutos.

PACO.- No lo veo tan claro. Lo que sucede es que has madurado. Ya no eres una niña que se obnubila ante los hombres. Puedes prescindir de ellos.

SILVIA.- No me cuentes a mí misma lo que me pasa. No he vuelto a tener un orgasmo en mi vida...

PACO.- Bueno, a ti por lo menos no se te nota cuando estás en sociedad.

SILVIA.- Que a mí...

(Se echa a reír de buena gana. PACO ríe también.)

Qué cosas tienes, Paco. El que tuvo, retuvo. Aunque ahora tu humor es negro. ¿No ves a nadie de por entonces?

PACO.- A nadie. ¿A quién voy a ver en esta tierra? Aquí no vienen ni a rodar, y aunque vinieran y supieran que estoy en este agujero, ¿te crees que me iban a visitar? Visitar a los enfermos, una obra de misericordia. Te encuentras con un Paco que nada tiene en común con aquél que conociste, pero que por desgracia tiene sus recuerdos. Hay algo que me duele mucho. Cuando paso junto a los puestos de libros de la plaza Real. ¿Te acuerdas de mi manía por los libros?

SILVIA.- No podías pasar junto a una librería sin mirar, sin entrar. No pasabas por un puesto de libros sin manosearlos, sin llenarte las manos de polvo. Teníamos muchos libros, no sabíamos dónde meterlos.

PACO.- ¿Dónde estarán esos libros? Han ido desapareciendo. Pero esos libros eran una parte esencial de mí mismo. Soy otro sin ellos. Pero con ahora, ¿qué podría hacer con ellos?

SILVIA.- **(Con cautela.)** Hay métodos de lectura para... invidentes.

PACO.- Para ciegos, sí. Pero yo me he negado a aprenderlo. Te parecerá una estupidez por mi parte. Me he negado. Es tarde para mí. Me ha llegado demasiado tarde la ceguera para adaptarme así como así. Además, no tengo más que para lo imprescindible. Demasiado le chupo a mis hermanos como para gastarlo en lecturas para ciegos. Ya lo ves. Ni lectura, ni sexo. Resulta cómico. **(Ríe, invitándola a ella a seguirle, pero no lo consigue.)** A ti ya no te gusta follar y yo en cambio no me como un roscó **(Ríe.)**

SILVIA.- Entonces, con Fernando, la cosa no funciona.

PACO.- Nada de nada. No me gusta. Le quiero muchísimo. Es mi lazarillo, mi perro, pero ya no me gusta. Pero qué grosero soy. No te he ofrecido nada de beber.

SILVIA.- No quiero beber nada. Podemos fumar. **(Saca un paquete de cigarrillos.)** ¿No te sienta mal fumar?

PACO.- **(Toma un cigarrillo que ella le acerca.)** Lo que me sienta mal es recordar. Recordar nuestras películas... Cosas por el estilo. Me creí ciertas cosas al pie de la letra. El cine. Nuestro ideal del cine. Cine de denuncia, cine de protesta. El cine como arma de combate. La función social del cine. ¿Cómo hemos podido creernos todo eso?

SILVIA.- ¿Qué cómo...? No sé tú, pero yo me lo he creído hasta ayer mismo. Así, como lo oyes. ¿Actuar yo en comedietas de la transición, cuando el destape? De ninguna manera. Era mi época de esplendor erótico, el único momento de mi (**Vacila, con ironía.**)... carrera en que me ofrecieron papeles por mis cualidades.

PACO.- Los que hiciste conmigo los hiciste por tus cualidades.

SILVIA.- Contigo fue otra cosa. Éramos casi la empresa. La experiencia de tus dos películas me marcó. Al despertar, era demasiado tarde.

PACO.- Lo mismo me pasó a mí. Pero durante bastantes años tuve el consuelo de creer que había hecho dos estupendas películas. Ahora ni siquiera me queda ese consuelo.

SILVIA.- Pero las películas están bien, Paco. Lo que ocurre es que deberías haber seguido. ¿Conoces algún director español que haga una buena película a la primera?

PACO.- Mis películas no están bien, Silvia, pero te lo agradezco. Las oigo, porque ya no puedo verlas. Y son espantosas. Tal vez la falta de imágenes me permite una revisión más implacable. Escucho a los pobres actores diciendo ese montón de falsedades que escribimos entre tres o cuatro amigos y que yo planifiqué con torpeza y pretenciosidad. Me avergüenzo y le digo a Fernando que apague la tele, pero a él le va la marcha. Sé que está sufriendo, sé que se está dando cuenta, como yo, de nuestro profundo y ya insoslayable error. Por narcisismo y por masoquismo sigue mirando, espera sus escenas, rumia en silencio ante aquellas muestras de impotencia que hemos mantenido como ideal.

SILVIA.- Una ridícula tenacidad ¿no? Eran otros tiempos.

PACO.- Tal vez, pero en cualquier tiempo ha habido estúpidos como nosotros. Mientras tú y yo hacíamos el idiota con ese tipo de cine, otros se preparaban para hacer lo que había que hacer. Nadie quiere saber nada de actores o directores malditos.

SILVIA.- No es exactamente eso. Hay gente que espera que la llamen y se queda con dos palmos de narices cuando nadie se acuerda de ellos. ¿Cómo te van a llamar, si no te conocen? ¿Cómo se van a acordar de ti, si te has encerrado en esta tierra perdida, a la que sólo se viene de vacaciones?

PACO.- Para Fernando y para mí ya no hay nada que esperar. ¿Qué más nos da estar en esta tierra o en otra? Un director de cine ciego y un actor mudo. La hostia, vamos. Pobre Fernando ¿Te acuerdas? Siempre clamando por la libertad de expresión, y ahora que la hay, no puede pronunciar palabra.

(Ríe, seguido de SILVIA, que se deja arrastrar por esta nueva nota de humor sardónico.)

SILVIA.- Te has vuelto ácido. Antes no había en ti esa acidez. No eras tan cáustico.

PACO.- España y yo somos así, señora.

SILVIA.- ¿España y tú? De eso nada, majo. Tenías que ver lo bien que les va a algunos.

PACO.- **(De repente, lo asocia.)** ¿Te acuerdas de Carlos?

SILVIA.- ¿Carlos...? ¿Qué Carlos?

PACO.- Carlos Medina... ¿No te acuerdas?

SILVIA.- Pues no, no me acuerdo.

PACO.- Sí, mujer, aquel rubillo, bajito, ojos claros, uno que se quería acostar contigo. Te tienes que acordar. Le mataban a traición en la escena de la huelga, una de las que cortó la censura. Estaba muy dolido, decía que había muerto estupendamente.

SILVIA.- Sí, me acuerdo, sí. Un tipo muy pesado. Tenía cierto atractivo. Lástima que fuera un enano. Ese es paisano tuyo ¿no?

PACO.- A eso iba. Te acuerdas de que era un izquierdista, un chino de todos lo demonios, un intransigente, ¿te acuerdas?

SILVIA.- Que si me acuerdo... más de una vez tuve que aguantarle el comecocos. ¿Qué es de su vida? No es que me interese gran cosa.

PACO.- Es un empresario próspero. Proyectos y contrata de obras. Y ahora es además consejero de obras públicas del gobierno regional.

SILVIA.- Tendrá estrella. Otros tienen lo contrario. Como Miguel Otaiza, mi paisano. ¿Te acuerdas de él? Qué actor, qué hombre tan inteligente, tan interesante, ¿Qué habrá sido de él? Era de los mejores, pero ha desaparecido.

PACO.- Me lo imagino llevando la contabilidad de alguna sucursal de algo lejanamente relacionado con el cine. Es el destino de los mejores.

SILVIA.- Gracias. Aún conservas ese sentido de la oportunidad, el de lanzarle piropos a quien los necesita. Lo hacías a menudo, ¿recuerdas? Lo llamábamos caricias. Eras una persona especializada en hacer caricias.

PACO.- No a todo el mundo. Sólo a quien me apetecía acariciar.

SILVIA.- Que era mucha gente. Demasiada, diría yo. ¿Cómo te iban a respetar en la profesión? En ese mundo hay que ser un cabronazo.

PACO.- ¿Sabes lo que he comprendido con el tiempo? Que el mundo del cine no se diferencia en nada de cualquier otro.

SILVIA.- ¿Cómo fue el accidente?

PACO.- ¿Qué más da? Estaba donde no tenía que estar. Y estaba a desgana. Aquello explotó. Accidente de trabajo. La culpa era mía, pero tengo una paguita que me da para vivir. Aquí, por lo menos. En Madrid no sería tan sencillo, y allí, además, no están mis hermanos. Me ayudan. Hasta me pagan una asistenta. Eso sí, a mí solo. A Fernando, nada.

SILVIA.- Llevan mal lo de Fernando, ¿verdad?

PACO.- Mi hermana lo ha terminado por aceptar. Mi hermano sigue avergonzándose de mí. Prefiere que no le relacionen conmigo. Ya sabes cómo es esta tierra. Los maricones tienen que estar lejos y sólo pueden ser artistas.

SILVIA.- Pero Fernando y tú sois artistas.

PACO.- Lo fuimos alguna vez. O más bien lo intentamos y fracasamos. Además, para ser maricón hay que ser joven.

SILVIA.- Sólo tienes cuarenta y cuatro años.

PACO.- Cuarenta y cinco, recién cumplidos. Fernando tiene cinco menos. Nadie debería envejecer, nadie. Habría que morirse antes de cumplir los cuarenta años, dejar tras de sí un hermoso recuerdo, una colección de fotografías donde la belleza avanza hacia la plenitud y de repente se extingue sin causa aparente, como una estrella, como una milagrosa aparición. No, nadie debería envejecer. Y los maricas, menos. Somos doblemente lamentables.

(Lo ha dicho con cierta jovialidad, sin aparente autocompasión, con sonrisas. SILVIA ha intentado seguirle como si fuera una broma, pero su risa se transforma en una mueca de dolor. Pausa, durante la cual le mira.)

Silvia, dime la verdad, ¿a qué has venido?

SILVIA.- He venido a ver a mi suicida.

PACO.- ¿Sólo a verlo?

SILVIA.- Puedo cuidarlo también, si él no se opone.

PACO.- ¿Podrías contarle cuentos?

SILVIA.- ¿Contarle cuentos? Claro que podría.

PACO.- ¿Sabes? Echo de menos alguien que me lea cuentos.

SILVIA.- Pues yo te los leeré.

PACO.- ¿No te importará leérselos también a Fernando?

SILVIA.- No me importará. También leeré para él.

PACO.- ¿Dónde paras? ¿En un hotel?

SILVIA.- Sí, he encontrado un hotel económico. No es ninguna maravilla, pero es el que me puedo permitir.

PACO.- ¿Cuánto tiempo piensas estar aquí?

SILVIA.- No sé. Más de una semana y menos de dos, calculo yo.

PACO.- Entonces, mañana mismo te trasladas aquí, conmigo.

SILVIA.- ¿Contigo? Quieres decir, con vosotros.

PACO.- Sí, eso quiero decir. Aquí hay sitio de sobra.

SILVIA.- Si acepto, ¿qué diría Fernando?

PACO.- (Ríe.) Pero mujer, Fernando no puede decir nada. ¿Sabes cómo le llamo a veces? Le llamo Belindo. Se pesca un cabreo descomunal y se mete en el dormitorio dando portazos. Luego le pido perdón y asunto concluido. Sigue siendo muy temperamental. Pero es bueno. Y cuando hay gente, su silencio le lleva a eclipsarse, a pasar inadvertido.

SILVIA.- Pobre Fernando. ¿Cómo fue lo suyo?

PACO.- Fue hace mucho tiempo. Diez años, más o menos. No temía que le estropearan su linda cara, que por entonces era linda de veras. Pero esa vez le iban a matar. No le mataron, pero ya le verás. Cómo puede envejecerte tanto el terror en una sola noche, y además hacerte perder el habla. Están todos en la calle, y él, con una indemnización para ir tirando, pero mudo. Al principio aún articulaba algo, después perdió cualquier capacidad verbal y muy pronto dejó de emitir sonidos. Ni siquiera gruñe, joder.

SILVIA.- Pero eso es psicológico.

PACO.- Supongo que sí. La lengua la sigue teniendo en su sitio, me consta. ¿Te imaginas a Fernando envejecido?

SILVIA.- No, no me lo imagino. Pero tampoco tú puedes imaginarme envejecida a mí, ¿verdad?

PACO.- No puedo, no. Esa voz. Es aquella niña, aquella mujer, tan bonita como un icono, como un cuento antes de adormecerse... No me digas que has envejecido... El tiempo, el tiempo...

SILVIA.- (Recuerda un texto, al principio con dificultad, que poco a poco cede a una fluidez que consigue sorprender a PACO.) El tiempo... Yo sé que al tiempo le llamáis herida, una herida sutil que invade el centro, cercado de otros duelos con heridas... Yo sé que al tiempo le llamáis... sentido, un sentido adquirido en sorda lucha, batiéndose a menudo con la sombra... Yo sé que al tiempo le llamáis olvido, un olvido empapado de nostalgia, que agiganta o comprime los pesares...

PACO.- Yo sé que al tiempo le llamáis pesares, dolorosos pesares de la pérdida, decaído el derecho a la ventura.

SILVIA.- Yo sé que al tiempo le llamáis carencia... (**Se detiene. El recitado le ha ido poniendo sombría.**) No puedo seguir. Acabaría por echarme a llorar. ¿Cuánto tiempo hace que escribiste esos versos?

PACO.- ¿Cuánto? Mucho... Veinte años exactamente. Los publiqué a principios de 1971. Era mi primer libro de poemas...

SILVIA.- Sí, lo recuerdo. Estábamos juntos. Ese poema lo habías escrito el verano anterior, cuando hicimos un viaje a Italia. Y sin embargo, escribiste ese lúgubre poema aquel verano. ¿Será verdad que el futuro es un desplazamiento del presente elegido por nosotros? ¿No elegías tú ya tu propio futuro en aquel poema tan amargo? ¿Qué podías saber del tiempo a los veinticuatro años? Nada, sólo conocías el presente, como los niños y los enamorados.

PACO.- El poeta intuye siempre. Intuí mi futuro, cuando tuviera sentido recitar ese poema, cuando cobrara realidad. Y ese tiempo llegó.

SILVIA.- La poesía es un arma de dos filos. Hay poetas de vida y poetas de muerte. Desgraciados los que han elegido morir.

PACO.- Algunos los consiguen beatíficamente.

SILVIA.- Pero a veces, para morir, es necesario pasar por el infierno: tú lo has querido así.

PACO.- ¿Qué quieres decir? ¿Que elegí el infierno el día que te dejé?

SILVIA.- No digas tonterías. El infierno lo elegiste mucho antes. Debí de ser cuando escribiste ese poema, allá en Italia, o tal vez escribiste el poema porque habías hecho ya una íntima elección.

PACO.- No puedo comprenderlo. Yo no quiero ser desgraciado. Si he querido morir es porque me he paseado, en efecto, por algo parecido al infierno. Pero lo que de veras he deseado siempre es ser feliz, es tocar cuerpos jóvenes, es ponerme tras una cámara, crear, leer, amar, escribir versos alegres. También escribí poemas alegres. Recuerdo uno... Prométeme que no te vas a reír. Es muy... muy lorquiano...

SILVIA.- Te prometo no reír.

PACO.- (Recita.) El sol en mis espejuelos

se amontona en nuestras aguas
mientras buscamos la dicha,
hartos de tanto encontrarla.
Hoy me he bañado en tu vientre
y tú has hollado mi espalda,
me han llegado escalofríos
de tu boca de granada.
Nos sorprendieron los gallos
cantando viejas romanzas
y ahora, embriagados de luces,
un suave sueño nos llama.
Quisiera vivir mil veces
para verte enamorada,
mil veces sentir el dardo
de aquella primer mirada,
y mil el desasosiego
que sentí cuando te hablaba
aquella vez tan primera
en que un amor me robaba.
Felices otros amores,
los que hacia ti me llevaban,
felices aquellas bocas
que antes que yo te besaban,
y que hacia mí te traían
y hacia mí te destinaban.
Ahora que ya somos uno,
cantaremos hasta el alba,
felices de ser felices,
en una casa tan blanca.

Asomados al balcón
vemos lejos la montaña,
donde hay quien escucha el canto
de esta dicha que no acaba.

(Después de recitar el romance, ambos permanecen en silencio durante unos instantes. Hay en el ambiente un melancólico sosiego, la resignación de percibir muy lejano el espíritu de tan ingenuo poema.)

SILVIA.- Lo recuerdo, sí, cómo lo iba a olvidar...

PACO.- Era para ti... ¿Para quién, si no? Un poema de adolescente, me dijo alguien. Pero es un poema de exaltada alegría. Este también aparece en el primero de mis libros. *Razones de ahora mismo...* ¿Por qué lo llamé así? *Razones de ahora mismo.* Hay varios caminos que surgen de ahí. Hay tantas cosas que podrían haber sido. Tantas cosas eran aún posibles por entonces... **(Evocador. Desdramatizando una vez más.)** Entonces, cuando cantábamos aquel bolero pasado de moda.

SILVIA.- ¿Un bolero?

PACO.- ¿Es que no te acuerdas? Sí, mujer... **(Hace un esfuerzo de memoria y canta.)** Nosotros, que nos queremos tanto, debemos separarnos, no me preguntes más... **(Se detiene. No recuerda.)**

SILVIA.- **(Continúa el canto interrumpido.)** No es falta de cariño, te quiero con el alma, te juro que te adoro...

(PACO se ha levantado como un resorte. La localiza a tientas. Bailan juntos. Ella sigue cantando. Ella canta el penúltimo verso.)

Y en nombre de este amor y por tu bien...

SILVIA y PACO.- **(Juntos.)**... Te digo adiós.

(Al terminar, ríen ambos.)

PACO.- Menos mal. Recuerdas el bolero. No sólo ibas a recordar los versos más desagradables esta noche.

SILVIA.- Quizás debería leer el libro otra vez.

PACO.- En el dormitorio queda algún ejemplar. Deteriorado, amarillo, deshilvanado... como su autor. Un autor que prevé todos los Pacos posibles. El Paco feliz y reconocido por sus contemporáneos, el Paco creativo y fértil, alegre y vital. Pero también el otro, que no es el mismo, sino exactamente el opuesto, el Paco que surge cuando el anterior se diluye y se esfuma, ni siquiera proyecto ya. **(Suena el teléfono. Esperanzada sorpresa.)** ¿Será...? **(Precipita su mano y su cuerpo hasta el teléfono.)** Dígame, dígame... (...) Sí, yo soy. **(Está alterado, expectante.)** ¿Lali? ¡Ah, sí, Lali! Eres la mujer de Carlos, de mi amigo Carlos Medina. (...) ¿De viaje? (...) Está muy ocupado siempre, ¿verdad? (...) Sí, sí, es un detalle. Has hecho bien en leérselo por teléfono. (...) ¡Que no sabíais nada! (...) Pues ya lo ves, mujer, una chiquillada. **(Mira a SILVIA al decir esto.)** ¿Sabes? A veces se niega uno a convertirse en un hombre hecho y derecho, a envejecer. (...) Me hago cargo, mujer. En vuestro lugar, yo también estaría anonadado. (...) Claro, pobre Carlos, se quedaría de piedra. Yo también me habría quedado de piedra. (...) ¿Y cuándo regresa? (...) Ah, entonces va a estar unos días fuera. (...) No, no quería nada concreto, solo hablarle. ¿Lo comprendes, Lali? Era importante para mí hablar con él, a solas, como cuando éramos jóvenes. Eso es todo. Dile que no quiero nada, que no voy a pedirle nada. Que sólo quiero hablar, hablar un rato. (...) Díselo así, por favor. (...) Gracias, muchas gracias (...) Adiós.

(Cuelga. Se recuesta en su mecedora. Sonríe con amargura. SILVIA espera algún comentario.)

Será posible... Tienen miedo. Y ella le protege como una madre. Le protege de mí.

SILVIA.- ¿Voló tu paisano maoísta?

PACO.- Está de viaje. Y ha preferido no llamarme él. Se habrá ofrecido ella voluntaria.

SILVIA.- ¿Por qué tienes tanto interés en hablar con ese tipejo?

PACO.- Fuimos amigos... Estuvimos muy unidos... Pensé que sería bueno para mí.

SILVIA.- Qué cosas dices, Paco. Carlos Medina y tú, unidos. ¿Cómo puedes cambiar el pasado según se te antoja? Carlos y tú tuvisteis cierta relación cuando lo del cine. Erais paisanos. Tú quieres hablar con ese Medina para pedirle algo, esa pareja no es tonta. Su posición les ha agudizado el olfato.

PACO.- (**Irritado.**) Pues te equivocas, ¿me oyes? Ahí te equivocas de medio a medio. ¿Pedir yo? Jamás. Nunca le pediré nada a nadie, aunque me esté muriendo de hambre, y menos a ese estirado.

SILVIA.- Entonces, ¿Qué pretendes? Darle pena, eso es. Darle pena y que no sea necesario pedirle nada.

PACO.- ¡Silvia, me estás empezando a cabrear! ¿Para eso has venido? ¿Para insultarme?

SILVIA.- ¡Qué pena, Paco! Nunca lo hubiera creído. Postrado, sumiso...

PACO.- (**Completa él mismo la frase, con violenta amargura.**) ... y ciego... No te olvides de eso. Soy un ciego. Me he quedado ciego tarde, cuando ya no se puede aprender nada, cuando te has pasado toda una vida creyendo que la luz no es un don del cielo, sino algo sobreentendido que a nadie le falta, que está ahí, a manos llenas, para quien la quiera tomar. ¡Qué sabes de las mañas de que me valgo para sobrevivir! Si me humillo antes mis hermanos, ¿por qué no voy a hacerlo delante de quien fue mi amigo y ahora es poderoso? ¿Sabes cómo llaman aquí a sus partidarios? Los medinistas. Pues bien, si hace falta, este ciego postrado y sumiso se convertirá en el portaestandarte del medinismo. Seré el primer medinista y gritaré «Medina», «Medina».

(Se oye cerrarse una puerta.)

¿Has oído? Es Fernando. (**PACO ha cambiado de repente. Ahora parece animado.**) Verás qué cara pone. Me tienes que contar la cara que pone.

(En efecto. Un instante después aparece FERNANDO, que se queda sorprendido ante la presencia de SILVIA acompañando a PACO. SILVIA y él se miran. FERNANDO no la reconoce.)

SILVIA.- (Que ha quedado negativamente sorprendida ante FERNANDO.) Fernando, ¿no te acuerdas de mí? **(Sin poder impedirlo, se echa a llorar.)**

PACO.- ¿No reconoces a Silvia? Es Silvia, Silvia...

(FERNANDO mira a PACO, incrédulo, y al final se atreve a acercarse a ella.)

SILVIA.- Perdóname, Fernando, soy una sentimental. Hace tanto tiempo...

(Se abrazan.)

Déjame que te mire. Te encuentro... te encuentro...

(FERNANDO hace un gesto negativo.)

PACO.- Déjalo. Ya se ha dado cuenta de cómo le encuentras. Te lo dije, Silvia. También él ha envejecido. En mí lo esperabas, no te has echado a llorar al verme. De un suicida se puede esperar todo.

SILVIA.- Calla, calla...

(FERNANDO sonriente, se acerca al sillón de PACO y le da a tocar una bolsa que lleva.)

PACO.- ¿Qué traes ahí...? (**Saca una botella de la bolsa.**)
¿Esto qué es? No me digas que traes champán. Mira, Silvia,
parece que se hubiera maliciado tu presencia. ¿Es para
celebrarlo?

(**FERNANDO le comunica algo mediante el *tacto*.**)

Claro que no podías saber que estaba aquí nuestra buena amiga
Silvia, surgida de uno de los más lindos rincones de nuestro
pasado. (***Tacto*.**) ¿Sabes lo que dice, Silvia? Que, después de
todo, seguimos casados. Pero es por negligencia. Ya no hay
nada entre nosotros.

(***Tacto*, con gestos decididos de FERNANDO señalando a
SILVIA.**)

¿Que qué hace Silvia aquí? Puedes imaginártelo. Ha venido a
verme. Soy el suicida frustrado más cercano que ha tenido
nunca. Se ha enterado y ha venido. (***Tacto*.**) Sí, hace tiempo,
casi un mes, eso ya lo sabe ella. (**A SILVIA.**) ¿Cuándo te
enteraste de lo mío?

SILVIA.- Hace unos días. En cuanto lo supe, me puse en
camino.

PACO.- Viene de Bilbao, ¿te das cuenta? Eso son lo menos
mil kilómetros. Sólo por ver a un suicida. Es de agradecer, ¿no
te parece, Fernando? A ver, ¿has traído la película?

(**FERNANDO le da a tocar otra bolsita que traía.**)

Alabado sea Dios. Venga, mete el champán en el congelador. Pero antes dime de dónde lo has sacado. (*Tacto.*) ¿Lali? ¿La mujer de Carlos...? Caramba. (**Parece que le fastidia aquel gesto, pero de repente transforma el sentido del mismo.**) ¿Qué marca es? (*Tacto.*) Pues te podía haber dado una marca mejor. Un francés, por lo menos. Pero no importa. Lo celebraremos. (*Tacto.*) Ya lo sé, ya lo sé. Me ha llamado la propia Lali. Carlos está de viaje, pero me telefonará en cuanto vuelva, dentro de tres días, cree ella. Están muy apenados. No sabían nada de mi intentona. (*Tacto.*) ¿Cómo...? ¿La criada te ha dicho que lo sabían? (**Queda pensativo. Susurra, con rabia contenida.**) Cabrón, cabrón, cabrón... (**De repente, nuevo cambio.**) Venga, venga, ponlo en el congelador, que si no, no hay quien se lo tome. A mí me gusta muy frío. ¿Y a ti, Silvia?

(FERNANDO coloca la bolsita primera encima de un mueble y se lleva la botella a la cocina.)

SILVIA.- ¿Seguirás siendo medinista?

PACO.- Si me sirve de algo, lo seré. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

SILVIA.- Él lo sabe.

PACO.- (**Irritado.**) ¿Quién sabe qué?

SILVIA.- Medina sabe que piensas así, que quieres sacarle algo. Tendrá muchos como tú.

PACO.- No tan inservibles. Yo soy puro material de desecho.

SILVIA.- (**Evoca.**) Yo sé que al tiempo le llamáis desecho... No sé seguir.

PACO.- Yo sé que al tiempo le llamáis desecho, irreparable despojo que fue vida, una vida que insiste y que importuna... Y, según tú, yo he elegido esto... ¿Acaso soy masoquista?

SILVIA.- Deberías seguir escribiendo. Quién sabe si ahora cambiaría el tono de tus poemas. ¿Sabes lo que tendrías que hacer? Usar una pequeña grabadora. Dictarías tus poemas, nadie los escucharía, ni siquiera Fernando. Añadirías, borrarías. Hasta que un buen día considerases que el poema es ya definitivo y lo dieras para que te lo pasaran a máquina. ¿Te seduce el plan? Yo misma te regalaré la grabadora.

(Regresa FERNANDO de la cocina. Se coloca junto a PACO.)

PACO.- Escribir. Qué más quisiera yo que volver a escribir. Para eso hace falta algo que decir. No insistas, Silvia, que te veo venir. Uno de esos ataques de bondad en que acabas poniéndote pesadísima. Déjalo. (*Tacto de FERNANDO.*) ¿Cómo? Pues claro que se queda a cenar. (*Tacto.*) Si no hay vino, bajas a comprarlo. (*A SILVIA.*) ¿Tú sigues bebiendo vino, verdad?

SILVIA.- No cenaré aquí esta noche. Me marchó. Voy a prepararlo todo.

PACO.- Como quieras. Eso significa que mañana te instalas aquí.

SILVIA.- Espero que Fernando no tenga inconveniente.

PACO.- ¿Fernando? Está encantado. ¿Verdad, vida mía? Silvia se queda el tiempo que quiera, ¿estamos? No tienes nada que temer. Sólo ha venido a contarnos cuentos. Y cuando nos los haya contado, se irá. ¿Cuánto vas a estar con nosotros? Un mes o dos nada más, ¿verdad, Silvia?

(Gesto de desagradable sorpresa de FERNANDO.)

SILVIA.- Ni mucho menos. Quince días como máximo.

PACO.- (*Se echa a reír.*) ¡La cara que habrá puesto este imbécil! ¡Me la tienes que describir, Silvia! (*A FERNANDO.*) No te preocupes, hombre, que sólo estará un par de semanas. Después nos quedaremos en nuestro dulce hogar y podrás gritar ¡al fin solos!

SILVIA.- Basta, Paco. He venido por lo que tú sabes. Pero no quiero peleas conyugales por mi culpa.

PACO.- Esto no es una pelea conyugal. (*Estudia el efecto de lo que va a decir a continuación.*) Fernando ya no es mi mujer.

(FERNANDO se inmuta. Toma la mano de PACO. Algo le dice mediante el *tacto*.)

Pues qué quieres que le diga. Silvia es de confianza, aunque haga tantos años que no la veo. Y recuerda que la dejé por ti. Por tu belleza, por tu elocuencia. (**Ríe sarcástico. De repente, piensa en otra cosa, que no deja de obsesionarle.**) ¿Sabes lo que creo, Silvia? Que cuando me llame el cabrón de Medina me ofrecerá un trabajito en la organización de ciegos. ¿Te imaginas a la antigua promesa del cine de esta tierra vendiendo el cupón pro ciegos en la Plaza Real? (**Se irrita progresivamente.**) ¡Eso sí que no, maldita sea, eso no lo verán mis paisanos, así me muera! (**A FERNANDO, descargando su ira contra él.**) ¡Venga ya, inútil, pon la cena a Silvia! Y el champán.

(FERNANDO reacciona, asustado y obediente.)

SILVIA.- (**Toma su bolso y se prepara para irse.**) Ni cena ni champán. Ya tendremos tiempo. Os dejo ahora, pero recordad que mañana llegaré después de comer. ¿De acuerdo?

PACO.- Si insistes, se hará como digas. Pero me hubiera gustado que hoy nos contases el primer cuento.

SILVIA.- Mañana os contaré dos. Pero que quede claro, Paco. Nada de peleas entre Fernando y tú. Y si las hay, no quiero ser la disculpa.

PACO.- (**Conciliador.**) Silvia, acércate, por favor. (**Así lo hace ella. PACO toma su mano y la pone en la de FERNANDO.**) Fernando, enséñale cómo se dice «buenas noches».

(*Tacto* de FERNANDO a SILVIA, que ríe.)

¿Te has enterado cómo se dice...?

SILVIA.- Claro que sí. Parece sencillo este lenguaje.

PACO.- En parte es invención nuestra, no te vayas a creer. A ver, dime buenas noches con la mano. (**Tacto de SILVIA a PACO.**) Muy bien, aprendes muy deprisa. Qué fácil era rodar contigo. Medina sí que era torpe, ¿te acuerdas? (**Señala a FERNANDO.**) Y éste, ¿qué me dices de éste? Muy buena planta, pero había que repetir las tomas.

SILVIA.- Déjalo, Paco. Me voy. (**Le besa.**) Buenas noches. O mejor...

(**Tacto de SILVIA a PACO. Ríen ambos.**)

PACO.- (**Ríe.**) Buenas noches. Ahora me echará la bronca por utilizar su lenguaje contigo. Dirá que es un escarnio.

SILVIA.- (**Besa a FERNANDO.**) Hasta mañana. No tienes por qué enfadarte conmigo. Ha pasado demasiado tiempo.

PACO.- Acompáñala, Fernando.

(**Así lo hace. Salen SILVIA y FERNANDO. Se oye una puerta fuera del escenario. Regresa FERNANDO.**)

¿Está ya la cinta?

(**FERNANDO acude al mueble y saca una cinta de vídeo de la bolsita que colocó allí. Tacto.**)

¿Tienes hambre ahora? ¿Has preparado tu bocadillo? (**Tacto.**) Tráetelo. A mí me pones un veterano.

(**Sale FERNANDO. PACO toquetea la cinta de vídeo.**)

Por fin, por fin... Creí que no volvería a ver esta película... Será posible que haya pasado tanto tiempo... El tiempo... Yo sé que al tiempo le llamáis usura, un desgaste sutil y pertinaz, que desmiente los sueños y las noches... **(En voz más alta, para que le oiga FERNANDO.)** Vamos, Fernando, ven ya de una vez...

(Aparece FERNANDO con una bandeja: un bocadillo, un botellín de cerveza, la copa de veterano. Lo coloca todo en la mesita junto a la mecedora. *Tacto.*)

Sí, ponla ya.

(FERNANDO lleva la cinta al vídeo, manipula y escuchamos una música característica. PACO va diciendo de memoria los títulos de crédito.)

Herbert Yeats *presents*... Joan Crawford en... *Johnny Guitar*... *Co-starring*, Sterling Hayden, Mercedes McCambridge, Scott Brady... **(Tararea el tema de los créditos al tiempo de la banda sonora.)** Díme, Fernando, qué tal está la copia (*Tacto. Decepcionado.*) Me lo imaginaba... **(Ha cesado la banda sonora musical. Se oye una explosión.)** «No se puede pasar».

(En efecto, uno de los personajes que no vemos, pronuncia esas mismas palabras. PACO ríe y acaricia a FERNANDO, que se ha acurrucado junto a él, jubiloso ambos ante aquella sesión cinematográfica.)

TELÓN

ACTO II

Han pasado unos días. SILVIA, PACO y FERNANDO se encuentran en escena. Ella les lee el final de un relato, lectura a la que ellos asisten interesadísimos. PACO y FERNANDO aparecen en igual disposición que en el acto anterior -el primero en su mecedora, el segundo a los pies.

Ahora hay otro asiento para SILVIA, vemos botellas y vasos, además de la obligada copita de PACO y la botella de veterano.

SILVIA.- (Lee.) Era un borracho, un borracho completo. Y nunca se enmendó con nada.

(Rumores de PACO.)

Su madre le echó de casa y él se hizo carretero. Anduvo conduciendo carros de carbón de la casa Pougrisel, que aún existe hoy día. Su reputación de beodo fue tal y llegó tan lejos que hasta en Evreux hablaban del Rosier de Madame Husson, y a los borrachines de la región los siguen llamando así. **(A modo de conclusión y moraleja.)** Nunca es vana una buena acción. **(Cierra el libro.)** Y colorín colorado, este cuento se ha acabado. Lo que viene a continuación son sólo los comentarios de los dos amigos del principio. Los suprimo porque ya es la hora. **(Se pone a recoger sus libros, hojas y lápices, desparramados por la mesa.)**

PACO.- Entonces habrá que darse prisa.

(Se levanta, FERNANDO también.)

¿Te das cuenta, Fernando? Eso sí que es un relato. Un tipo virtuoso que se corrompe porque le dan un premio a la virtud. ¿Te imaginas la película que podría salir de ahí? ¿Por qué no nos fijamos en un cuento así cuando aún estábamos a tiempo? **(Tacto.)** Claro, mi vida, claro que sí. El protagonista habrías sido tú, ¿quién, si no? Pero ahora ya no hay nada que hacer. Claro, que tú, aun a malas, podrías hacer un papel, el que fuera, un papel que no tenga texto, o uno que lo tenga, siempre te puede doblar alguien, ¿no? **(Ríe.)** Ja, ja, ja... Pero ¿y yo? ¿Qué voy a hacer? ¿Dirigir por el método Braille? ¿Planificar de oído?

(Ríe también SILVIA, ambos muy animados. También parece unirse al jolgorio el propio FERNANDO, que desde luego no emite sonido alguno.)

Y ahora, vamos. Ya sabes que me molesta mucho perderme los títulos de crédito. Sobre todo éstos, que son de Saul Bass.

SILVIA.- (Le acerca una corbata a PACO.) A ver, ponte esto.

PACO.- ¿Qué es?

(SILVIA le quita el gastado batín y empieza a anudarle la corbata, ante un mínimo conato de resistencia por parte de PACO.)

Pero mujer, ¿qué estás haciendo conmigo?

SILVIA.- Paquito mío, lo bien hecho, bien parece. Ya está bien de esos aliños. A ver. **(Contempla su obra, la corbata ya puesta.)** Te cae muy bien. Ahora te traigo la chaqueta.

PACO.- Pero Silvia, que vamos al cine, no a pedir empleo, ni a un baile de gala.

SILVIA.- Pues tal vez deberías ir a bailar algún día. Eso levanta el espíritu. **(Sale en busca de la chaqueta.)**

PACO.- Ya lo ves, Fernando de mi corazón, esta mujer parece dispuesta a mimarnos como sea. Es una criatura encantadora. ¿Sabes lo que me recuerda? Aquellas películas con niño de los años cincuenta y sesenta. Una familia hecha añicos, llega el niño o la niña, y todos se redimen. Sólo que no sé quién es la niña, si Silvia, yo, o tú misma. (*Tacto.*) ¿Cómo? ¿No lo dirás en serio? (**Se desprende de FERNANDO con furia.**) ¿Será posible que aún estés celosa? Eres un idiota. Entre Silvia y yo...

(Se detiene al escuchar el rumor de pasos que le anuncia el rápido regreso de SILVIA, que entra en escena con la chaqueta. Ha oído las últimas palabras de PACO y se toma la cuestión como si tal cosa.)

SILVIA.- Entre Silvia y yo, entre Silvia y yo... Como si aún pudiera haber algo entre Silvia y tú.

PACO.- Pues eso le estoy diciendo...

(Ella le pone la chaqueta. Él canta.)

Nosotros, que nos queremos tanto, debemos separarnos, no me preguntes más...

SILVIA.- (**Mira cómo le queda la chaqueta.**) ¿Qué te parece, Fernando? ¿A que le cae de maravilla?

(Le mira. FERNANDO asiente.)

Tú puedes ir así, como estás, en plan juvenil, pero Paco no, a Paco no le va nada. Está viejo para llevar jersiecitos modernos.

PACO.- No te molestes, Silvia, que ni así le vas a convencer. Mientras te vea por aquí creará que no pararás hasta volver.

SILVIA.- Ya está bien. Venga, fuera de aquí, que se os hace tarde.

PACO.- Haces mal en no venir. Es un clásico, una película estupenda.

SILVIA.- Pero si la he visto, como todo el mundo.

PACO.- Pero es una película que hay que volver a ver siempre.

SILVIA.- Además, espero esa llamada de Bilbao.

PACO.- Mira que perderte esa película por una llamada que puedes hacer mañana.

(Se agarra del brazo de FERNANDO, que se había acercado a él.)

En fin, vámonos.

(SILVIA les acompaña hasta la salida.)

A ver si adivinas, Fernando. ¿Cuál es la actriz que sale un momento, sólo un momento, que parece salida del retrato al óleo de Carlota en la alucinación de...? (*Tacto.*) Maldita sea. ¡Lo sabías!

(Se pierden fuera las restantes palabras de PACO. SILVIA queda a solas. Durante unos instantes, sigue mirando la puerta por la que ha desaparecido la pareja. Así la sorprende CHARO, que llega desde la cocina con una bandeja.)

CHARO.- (**Va a recoger las botellas y vasos.**) Me marchó, señora. Está todo preparado.

SILVIA.- (**Sale de su aparente ensueño.**) Cómo... Ah, sí, como quieras.

CHARO.- (**Retira los restos.**) ¿Puedo llevarme esto?

SILVIA.- Vete si quieres, Charo, yo misma lo llevaré a la cocina. (**Parece responder desde muy lejos. No deja de pensar en algo.**)

CHARO.- No faltaría más, señora. (**Observa a SILVIA.**) ¿Le ocurre algo a la señora?

SILVIA.- Nada, Charo, nada. Y, por favor, ya te lo he dicho, no me llames señora. Aquí, si acaso, los señores son Paco y Fernando.

(**Continúa pensativa. CHARO llena la bandeja con los trastos. De repente, SILVIA parece volver al presente.**)

¿A qué hora dijo que llamaría?

CHARO.- A eso de las siete.

SILVIA.- Qué raro...

CHARO.- No sé, señora, a lo mejor dijo a las ocho, y no me acuerdo.

SILVIA.- Lo raro no es la hora. Lo raro es que Pedro me llame aquí. No le di este teléfono. Ni yo misma sabía el número.

CHARO.- Claro, ya lo dijo la señora... (**Rectifica.**) Ya lo dijo doña Silvia. (**Lleva la bandeja con ambas manos. Va a dirigirse de nuevo a la cocina.**) Dijo que se llamaba Pedro y que llamaba desde Bilbao. Que no se le podía localizar en todo el día y que llamaría a las siete...

SILVIA.- Ya sé, ya sé. Gracias, Charo.

(**CHARO se vuelve con la bandeja hacia la puerta que conduce a la cocina. Se detiene al oír a SILVIA, que se dirige de nuevo a ella.**)

Charo, quería pedirte... quería preguntarte algo...

CHARO.- Usted dirá.

SILVIA.- Lleva eso a la cocina. Ahora hablamos.

CHARO.- Como usted diga...

(Se detiene a tiempo, antes de repetir «señora». Sale por la puerta de la cocina. SILVIA ha hablado con CHARO después de «regresar» de sus pensamientos, que deben ser graves. Vuelve a ellos al encontrarse a solas. CHARO regresa inmediatamente.)

Ya estoy lista.

SILVIA.- Quería decirte algo. Bueno. Más bien pedirte algo, si no te parece mal.

(Expectación de CHARO. SILVIA la mira.)

¿Cómo encuentras a don Francisco? Dime la verdad. Ya sabes de la que ha tenido que salir.

CHARO.- Verá, doña Silvia, don Francisco está mucho mejor desde que llegó usted.

SILVIA.- ¿Tú crees?

CHARO.- Pero si salta a la vista. Si supiera cómo se quedó cuando aquello... Un escuerzo. Un espíritu. Un fantasma que se hundía en esa mecedora y ni siquiera ponía películas de ésas que a él le gusta escuchar con don Fernando. Sus hermanos intentaban animarle, pero nada. Y don Fernando... Sin ánimo de ofender, yo creo que le hunde todavía más. Pero desde que llegó usted es distinto. Ahora hay un montón de cosas que le animan... pero quien le anima de verdad es usted... Si no me toma por indiscreta, y bien sabe Dios que soy más discreta que nadie, le pediría a usted que...

SILVIA.- **(La interrumpe.)** Charo, soy yo quien te va a pedir algo. Lo que me vas a pedir tú a mí es imposible, porque... **(Le parece exagerado dar explicaciones a la muchacha, y no continúa.)**

CHARO.- Pero si es que clama al cielo, y si no se lo digo, reviento. Vuelva usted con él, doña Silvia.

SILVIA.- Eso ya pasó, Charo, y además tengo otro marido.

CHARO.- **(Desolada.)** Claro, el de Bilbao, ¿verdad? No puede usted hacer nada por don Francisco.

SILVIA.- Yo hago lo que puedo. Le cuido durante unos días hasta que se recupere por completo. Le leo cuentos. Le encanta que le lea cuentos. No lo entiendo.

CHARO.- Don Francisco no quiere los cuentos. La quiere a usted, que los cuenta.

SILVIA.- No digas sandeces, Charo. Yo no puedo hacer más. En cambio, tú sí que puedes...

CHARO.- ¿Yo...?

SILVIA.- Sí, tú. (**Va a ella y la toma de las manos.**) Escucha, Charo, te lo suplico. (**Vacila.**) No sé cómo empezar... Es muy sencillo, Charo... Acuéstate con él.

CHARO.- (**Tras un silencio lleno de estupor.**) ¿Que yo...? Por favor, doña Silvia, soy una chica decente. Y además tengo novio, que no está lejos, como su marido, y que no me pierde de vista...

(**La sorpresa la ha llevado a cierto aturdimiento. SILVIA intenta convencerla.**)

SILVIA.- (**Con tono de súplica.**) Charo... ¿qué trabajo te cuesta? Estoy segura de que le gustas mucho, muchísimo. ¿Por qué no le haces eso? Sería tan fácil para ti, y le harías tanto bien. ¿Sabes cuánto tiempo hace que Paco no es feliz?

CHARO.- No lo sé, señora, supongo que desde hace muchos años, pero qué tengo que ver yo con eso. (**Casi sollozante.**) Doña Silvia, yo le limpio la casa, yo le hago las comidas, ahora también para don Fernando y para usted, que me ha caído bien, sólo por eso, que yo no tengo obligación más que para don Paquito... Pero lo que usted me pide...

SILVIA.- Hace falta ser muy generosa para eso.

CHARO.- No, señora, no se trata de generosidad. Hacen falta más cosas. Don Francisco es encantador, es muy buena persona... pero ya ve usted cómo está... Además, ni aunque estuviera como el Bertín Osborne... Tengo novio, soy decente, y ya está.

SILVIA.- (Después de una pausa durante la cual ha mirado fijamente a la azarada y llorosa muchacha.) ¿Te das cuenta de que Paco puede morir cualquier día de éstos?

(CHARO acaba teniendo ya el corazón en un puño.)

Entonces te llamarás mezquina por no haberle dado a probar de nuevo ese sabor que olvidó hace tanto tiempo...

CHARO.- No, señora, no... (Sollozante.) Don Paquito no se va a morir, no se va a morir, lo sé, está salvado, se ha puesto mejor. (Levanta la voz.) ¿Es que no lo nota usted, es que está usted ciega?

SILVIA.- Yo lo haría, Charo, pero no le gusto, no quiere saber nada de mí. Lo haría a pesar del de Bilbao y de lo que se pusiera por delante... Pero quien se lo puede dar eres tú, sólo tú...

CHARO.- (Gimoteando.) O sea, que en esta ciudad tan grande resulta que la única que se puede ir a la cama con don Paquito es la pobre Charo... Esto es un abuso, señora, un abuso. Dé gracias a que no le hablo a mi novio.

SILVIA.- Sería peor. Por lo que sé de esta tierra, el género masculino es un desastre.

CHARO.- Por lo que yo sé, en esta tierra y en todas, doña Silvia...

(Ante la salida de la joven, SILVIA se echa a reír. CHARO contempla sorprendida la hilaridad de SILVIA, unas carcajadas invitadoras: «Tienes razón, en todas», glosa SILVIA entrecortadamente. CHARO abandona su gimoteo y acompaña a SILVIA en sus risas. Se ha establecido entre ellas una complicidad muy distinta a la pretendida por ésta, que al menos ha aliviado la tensión.)

SILVIA.- (Aún con restos de hilaridad.) Llevas razón, Charo, he de reconocerlo... Y además, tienes mucha gracia...

CHARO.- ¿Y no ha pensado usted en don Fernandito? Si me acuesto con don Francisco... bueno, ese me mata, me hace picadillo... Es de los que las mata callando.

(Ante esta salida de CHARO, nada intencionada, nuevo ataque de hilaridad, con entrecortados comentarios: «callando...», repiten las dos mujeres, muertas de risa.)

Pobre don Fernando. Si me oyera...

SILVIA.- Pobre Fernando, sí. Pobre Paco. Pobres de todos nosotros... Está bien Charo, puedes irte cuando quieras. Ah, y no vayas a creer. Ha sido todo idea mía. Si lo hubiera propuesto él, le habría mandado con viento fresco y le habría puesto verde...

(CHARO la mira con cierto asombro, pero tranquilizada.)

No entiendes nada, claro. No me extraña. Olvídalo, pequeña, soy una imbécil, no tengo arreglo... Vete, si quieres, te estarán esperando.

CHARO.- Sí, ya me voy. **(Mira el reloj.)** Me espera mi novio, ¿sabe usted? Pero... aún tengo que terminar una cosa en la cocina. Que espere un poco. Esperar baja mucho los humos, ¿no está usted de acuerdo?

SILVIA.- (Sonríe complacida a CHARO. La acaricia el pelo.) Sí que lo estoy. Voy a mi habitación un momento.

CHARO.- Y yo a la cocina...

(Cada una de ellas sale por la puerta correspondiente. La escena permanece sola. Se escucha canturrear a CHARO. Se detiene el canturreo. Aparece CHARO y mira por si descubre la presencia de SILVIA. Pero ésta, tal como esperaba, no está. Se viene secando las manos con un paño. Mira hacia la puerta de salida de la vivienda. Mira el reloj. Se encoge de hombros. Vuelve hacia la cocina. Traspasa de nuevo la puerta. Transcurren unos segundos con la escena otra vez a solas. Suena el timbre de la calle.)

CHARO.- (Desde la cocina.) Yo abro, doña Silvia.

SILVIA.- (Desde su cuarto.) Ahora salgo...

(CHARO surge de nuevo desde la cocina. Se dirige a la puerta de acceso al pasillo y allí desaparece. Regresa unos segundos después, seguida de un caballero; pronto sabremos que es CARLOS MEDINA.)

MEDINA.- Gracias, Charo, tendrás lo prometido.

CHARO.- Por favor, don Carlos, no les diga usted nada. Invéntese lo que usted quiera, pero no le diga a la señora ni a ellos que yo estaba conchabada con usted.

MEDINA.- Tienes mi palabra.

(CARLOS MEDINA es un cuarentón mal conservado, pero con aires triunfales y simpatía contagiosa. A pesar de su falta de encantos físicos, tiene algo de seductor cuando quiere. De momento, ha conseguido convencer a CHARO, aunque no sólo por esas cualidades inmediatas y la recompensa prometida, sino quizá obligada por su situación de hombre público conocido, al que todo le sonrío.)

CHARO.- (Se dirige a la habitación de SILVIA, pero ésta sale ya.) Señora, este caballero desea verla...

(SILVIA se queda mirando la inesperada visita. MEDINA no da tiempo a que haya un silencio y pierde la ocasión de ser cortés.)

MEDINA.- Silvia... Cuánto has cambiado...

SILVIA.- (Disimula su contrariedad, pero se muestra agresiva.) Tal vez. Al principio llevaba chupete.

MEDINA.- ¿Es que no me reconoces?

SILVIA.- ¿Tendría que reconocerte?

MEDINA.- Soy Carlos Medina.

SILVIA.- ¿Medina? Ah... sí. Lo dices como si estuvieras muy orgulloso de serlo. Tú sí que has cambiado. Para seguir siendo una sola persona, te encuentro bastante gordo.

MEDINA.- **(Finge un azaramiento que en realidad no siente. Su seguridad soporta eso y mucho más. Conoce sus limitaciones, pero no tiene la costumbre de sufrir sus consecuencias.)** Está bien. La culpa es mía. Creo que he sido un grosero. No se volverá a repetir.

SILVIA.- Ha sido espontáneo. **(Silencio. Pero él lo rellena con una risita. Vemos a CHARO retrocediendo hacia la cocina, como si buscara refugio.)** Charo, puedes irte. Este señor y yo no necesitamos presentaciones.

CHARO.- Yo ya me iba...

MEDINA.- **(Que ignora ya a la criada cómplice.)** Recuerdo el día que nos presentaron. Hace ya mucho tiempo...

(CHARO aprovecha para desaparecer por la puerta de la cocina.)

SILVIA.- Veo que estás dispuesto a no dejar de ser grosero.

MEDINA.- He querido decir...

SILVIA.- Sé lo que has querido decir. Pero olvidas que en aquellos tiempos la gente no se presentaba. **(Irónica.)** Todo era tan natural.

MEDINA.- No idealices el pasado. Siempre ha habido personas educadas, siempre ha habido presentaciones.

SILVIA.- No era tu caso, y por alguna razón pretendí que no fuera el mío. Nunca lo conseguí del todo.

MEDINA.- **(Sutilmente irónico.)** Siempre fuiste una señora.

SILVIA.- Yo lo diría de otra manera. Intenté dejar de ser una dama y nunca me salió bien. Pero en ese batiburrillo, nos conocimos personas como tú y yo.

MEDINA.- Ha pasado tanto tiempo que podemos conocernos otra vez.

SILVIA.- Ha pasado tanto tiempo que ya no merece la pena.

(CHARO surge de nuevo de la cocina. Viene pertrechada por completo para marcharse. El silencio repentino que provoca su presencia le permite unas rápidas palabras de despedida.)

CHARO.- Si no manda más la señora...

SILVIA.- **(Sin dejar de mirar a MEDINA.)** Puedes irte Charo, hasta mañana.

CHARO.- Hasta mañana, doña Silvia... Caballero, adiós.

(Sale apresuradamente. SILVIA y MEDINA, ya solos, se contemplan unos instantes con muy diferentes sonrisas. SILVIA intenta una burla que no consigue del todo. MEDINA, con una amplia sonrisa de antiguo camarada, seguro de recuperar al menos cierta complicidad de antaño. SILVIA no está dispuesta a mantener aquella mirada y aquel silencio y ataja por el lado de la obligada hospitalidad.)

SILVIA.- **(Como si se interesara en poner orden en algún aspecto de aquella salita, nunca por completo presentable.)**
¿Querrás tomar algo?

MEDINA.- **(Seductor.)** Lo que tú me ofrezcas.

SILVIA.- **(No se da por enterada.)** Por ahí estaba el veterano de Paco. Charo ha debido retirarlo. Aquí está. Lo siento mucho, pero en esta casa no suele haber champán como el de tu casa. **(Sirve unas copitas.)**

MEDINA.- Es igual. Lo importante es beber con otro, alternar.

SILVIA.- En nuestros tiempos alternar significaba algo muy distinto.

MEDINA.- Me refiero precisamente a nuestros tiempos.
(Brindan sin palabras.)

SILVIA.- (De nuevo irónica, socarrona, con un poquito de agresividad.) Oyéndote se diría que no ha habido tiempos antes de los nuestros. ¿Qué te trae aquí? ¿La nostalgia?

MEDINA.- Casi desconozco la nostalgia. No, no he venido a eso.

SILVIA.- Has venido a ver a Paco.

MEDINA.- De ninguna manera.

SILVIA.- Pero has venido por Paco.

MEDINA.- Y por ti. Si no hubieras estado tú, no habría venido.

SILVIA.- ¿Es un honor?

MEDINA.- Es un reconocimiento. Y, si quieres, un homenaje.

SILVIA.- ¿Si quiero? No soy yo quien debe querer mis propios homenajes.

MEDINA.- Entonces, permíteme que te los dedique.

SILVIA.- Provisionalmente, lo admitiré.

MEDINA.- Provisionalmente, me atreveré, entonces.

(Ríen sordamente. Beben en silencio.)

SILVIA.- (Que empieza a bajar la guardia.) Tengo que admitirlo, te encuentro bien.

MEDINA.- ¿A pesar de los kilos?

SILVIA.- Y a pesar de la cara. Tienes una cara que podría servir para asustar a los niños a la hora de acostarse. Pero eres simpático.

MEDINA.- Si no te opones, creo que al menos esa cualidad la he tenido siempre.

SILVIA.- Te equivocas. La has debido de conseguir con el tiempo. Antes tu simpatía era forzada, profesional. Ahora pareces simpático de veras. **(Interrumpe algo que él iba a decir.)** No me gustabas nada. Ahora sigues siendo feo, y sin embargo...

MEDINA.- El mundo es de los feos. Los guapos se distraen mucho, cuidándose...

SILVIA.- ¿A qué has venido?

MEDINA.- A que me digas que antes no te gustaba, y que ahora...

(Se detiene, irónico, pero ella no comprende la pequeña provocación.)

SILVIA.- Y que, ahora, tampoco.

MEDINA.- **(Socarrón.)** Lo lamento de veras.

SILVIA.- No me importaría que lo lamentaras.

(A pesar de todo, ríen. Ya se ha establecido un juego en el que MEDINA está a punto de establecer la hegemonía habitual en él.)

SILVIA.- Lamento decirte que has hecho el viaje en balde. Paco ha salido.

MEDINA.- Lo sé.

SILVIA.- ¿Que lo sabes...? **(Le mira, ahora prevenida.)**

MEDINA.- Debes creerme. Si no es por ti, no hubiera venido. Desde luego, estoy dispuesto a hablar de Paco. Estoy dispuesto a ayudarlo. Pero no quiero que sepa que he estado aquí ni que hemos hablado de él.

SILVIA.- Si supieras cómo está...

MEDINA.- Sé cómo está. Es algo lamentable. Un caso bastante exagerado de mala suerte. Los amigos estamos para echar una mano a los amigos cuando haga falta. Pero tenemos que tomar nuestras precauciones.

SILVIA.- No me digas que has estado esperando a que saliera Paco para subir. ¿Y si me hubiera ido al cine con él?

MEDINA.- No habría subido, desde luego. Pero tenías una llamada desde Bilbao.

SILVIA.- ¿Cómo lo sabes?

MEDINA.- Fui yo quien inventó esa llamada que nunca se ha producido.

SILVIA.- ¿Entonces, Pedro...? (**Dolorosamente decepcionada.**) Has sido tú... tú... para poder verme a solas... Es demasiado. Si supieras lo que has hecho... (**Silencio embarazoso.**)

MEDINA.- (**Sorprendido, pero con recursos inmediatos.**) Lo lamento, Silvia. No pensé que esta inocente broma fuera a afectarte tanto. Necesitaba verte a solas y no tenía otra manera de conseguirlo que inventar algún truco.

SILVIA.- Entonces, Pedro no ha llamado... Ya decía yo...

MEDINA.- Vaya, se diría que estás enamorada.

SILVIA.- ¿Enamorada? No, ni siquiera es eso.

MEDINA.- Puedo decirte con sinceridad, si me lo permites, que no necesitas depender de nadie en ningún sentido.

SILVIA.- ¿Cómo puedes estar tan seguro?

MEDINA.- Porque sé lo que es que la gente dependa de mí.

SILVIA.- ¿Mujeres incluso?

MEDINA.- Sí, mujeres, empleados, ganapanes, chantajistas, clientela. De todo. Y en esos grupos no hay nadie como tú.

SILVIA.- Gracias por la lisonja, pero no te creo.

MEDINA.- No es imprescindible que me creas. He de pedirte disculpas. Pensé que era lo más natural del mundo que tu pareja te llamara por teléfono. Sé que no tenéis teléfono en casa, sé que se llama Pedro, y algo me decía que querías recibir su llamada, y a mí me venía muy bien que fuera a hora fija.

(Pausa. Contempla la reacción de SILVIA, que intenta dominar su inquietud y empieza a estar ganada por el estupor.)

Aunque, si no me consideras demasiado brusco, te diré algo más. Has tenido la debilidad de ponerte en evidencia. Detén esa confianza que se te escapa en un momento de decepción provocada por mi torpeza. Si sigues contándome una historia triste, será malo para que nuestra amistad se reanude. A nuestra edad no soportamos los testigos de nuestras debilidades.

SILVIA.- **(Parece recuperarse.)** Con que ahora te dedicas al espionaje, a la manipulación de personas. Has progresado mucho.

MEDINA.- Tenía que hacerlo. Lo comprenderás en seguida.

SILVIA.- Has necesitado un cómplice. Ya sé. Charo.

MEDINA.- Tanto como cómplice...

SILVIA.- Una chica tan simpática... tan popular... **(Ríe con tristeza por lo que acaba de decir.)** ¿Qué le has dado a cambio de su pequeña traición?

MEDINA.- Promesas. Cuestan poco. Pero son una excelente moneda de cambio para quien está predispuesto a ellas.

SILVIA.- Olvidaba que te habías metido en política. No la culpa. La has engañado. Es la ingenuidad de las clases populares.

MEDINA.- No sólo las populares. Todo el cuerpo electoral. Pero no he venido a hablar de tácticas. He venido porque sé que Paco quiere verme a toda costa.

SILVIA.- ¿También de eso te ha informado tu quintacolumnista del servicio doméstico?

MEDINA.- Eso han venido a decírmelo un montón de espontáneos. Olvidas que aquí todo el mundo se conoce. Y Paco no para de largar. Cree que tengo que pasarle una pensoncita.

SILVIA.- Vaya, y yo que creía que venías a pasarle a Paco una pensión, y que habías elegido el anonimato en un ataque de buen gusto.

MEDINA.- Silvia, sabes muy bien que los reyes magos no existen.

SILVIA.- Claro, y es difícil conseguir para un ciego algo que no sea una limosna pura y simple. De todas formas, deberías haber sido informado por tus confidentes de las verdaderas intenciones de Paco. No pretende favores financieros ni caridades. Lo que quiere es hablar contigo.

MEDINA.- Claro que quiere hablar conmigo. Pero eso es precisamente lo que no haremos nunca. Porque sé lo que viene después. Paco no es el único desdichado que me surge del pasado. Desde el principio supe que no tenía que ceder, aunque me doliera.

SILVIA.- Y te dolía al principio, pero ahora ya no.

MEDINA.- Así es. Podría verme con Paco si pudiéramos hacer algo juntos. Pero Paco no está en disposición de ofrecer nada. Sólo de pedir. Nuestra relación sería demasiado desigual, excesivamente dolorosa. Te podré parecer duro, pero soy simplemente realista. Y en cualquier caso, no soy un desalmado. Paco tendrá algo para poder vivir, te lo garantizo. Pero sólo si no se entera de que he venido aquí. Si le dices algo, no hay un duro.

SILVIA.- ¿No quieres que se sepa quién es su benefactor?

MEDINA.- Cómo no voy a querer. Claro que quiero. El anonimato disuade la generosidad.

SILVIA.- Pero no quieres verle.

MEDINA.- No debo verle.

SILVIA.- Entonces, ¿por qué has venido a verme a mí? ¿No temes que te pida algo?

MEDINA.- No te va mal en la empresa en que trabajas.

SILVIA.- (Sorpresa.) ¿Qué sabes tú de mi trabajo?

MEDINA.- Tienes un puesto en un laboratorio que fabrica productos farmacéuticos.

SILVIA.- ¿Cómo lo has averiguado?

MEDINA.- Como tantas cosas.

SILVIA.- Eso no ha podido decírtelo Charo ni ninguno de tus paisanos.

MEDINA.- No. Aquí has dicho otra cosa. No sé por qué y tampoco me importa. Una distribuidora cinematográfica. ¿Era para darle confianza a Paco, que sigue siendo un cinéfilo a pesar de todo? Tus razones tendrás...

(Pausa. Se miran.)

Si no tienes inconveniente, le dices a Paco que han llamado de la Consejería, Obras Públicas y Vivienda, no lo olvides. Que hay algo importante que le quiere comunicar el Secretario General. Poco a poco se irá tejiendo la madejilla que pretendo. Acabará aceptando una concesión de lotería en la plaza Pablo Iglesias. Si se lo planteáramos de sopetón, diría que no.

SILVIA.- Sigues conociéndole bien... A pesar de que él hubiera previsto que le ibas a ofrecer que vendiera el cupón pro ciegos.

MEDINA.- No ha acertado del todo. Se trata de la lotería nacional. Algo más serio, de más empaque.

SILVIA.- ¿Y qué tiene que ver la lotería nacional con las Obras Públicas?

MEDINA.- Nada en absoluto.

(Se miran. Sonrisas tensas, amargas.)

SILVIA.- Los caminos del señor son muy intrincados, ¿no es así?

MEDINA.- Los del señor, no sé. Los nuestros son diáfanos, pero hay que estar en el ajo para comprenderlo... Silvia, quiero pedirte un favor en relación con todo esto. Serás mi interlocutor cada vez que necesite un contacto indirecto con Paco.

SILVIA.- Estás dispuesto a no cruzar ni una palabra con él.

MEDINA.- Afortunados quienes no se dedican a la política. Si supieras qué doloroso y qué necesario es no ponerse al teléfono, no contestar una carta, no recibir jamás ciertas visitas... ¿Me harás ese favor? ¿Lo harás por él?

SILVIA.- Sí... Claro que sí, Carlos.

MEDINA.- Te llamará siempre una señorita, Lucía Serrano. No lo olvides. Después me pondré yo. ¿Estás de acuerdo?

SILVIA.- Lo estoy.

MEDINA.- Tengo que marcharme...

SILVIA.- Adiós, Carlos (**Le tiende la mano, aunque algo ausente.**)

MEDINA.- (**Toma su mano.**) Hasta muy pronto, Silvia... ¿Me permitirás invitarte a almorzar dentro de dos o tres días? Quizá para entonces haya noticias concretas y sea preciso que hablemos.

SILVIA.- Sí, como quieras...

MEDINA.- Te será sencillo burlar a esos dos.

SILVIA.- Sí, será sencillo.

MEDINA.- Hasta entonces.

SILVIA.- Hasta entonces, Carlos.

(**SILVIA sigue un poco ausente. MEDINA sale por la puerta que conduce al exterior de la vivienda, sin que ella le acompañe. Cuando escucha la puerta de la calle, SILVIA se precipita al teléfono.**)

SILVIA.- (Marca un número. Al cabo de unos instantes, alguien responde.) Carmenchu, soy yo, Silvia. (...) Sí, aquí sigo. (...) Parece que está mejor de ánimo, pero hay cosas que no se pueden recuperar. (...) ¿Habéis visto a Pedro estos días? (...) **(Con amargura.)** ¿Que no le habéis visto? ¿Cómo es posible? ¿Qué puede estar haciendo? (...) No, no me preocupo, mujer, claro que sé cómo es tu hermano... Es que no sé si está enfadado conmigo. Me vine aquí y no le dí el teléfono de esta casa. No sabía que iba a vivir aquí. Ni tampoco sabía el teléfono del hotel. Escucha, dígale que me puede localizar en el número 34 27 90, te repito, 34 27 90. (...) Sí, eso. Carmenchu, por favor, a ver cómo se lo decís. Tengo confianza en ti. Si hay algo importante, llámame tú, por favor. (...) Yo, bien, ¿Y vosotros? ¿Y los niños? (...) Me alegro. Tengo ya ganas de verlos (...) Por favor, Carmenchu, intenta que me llame tu hermano... pero no le digas que te lo he pedido... (...) **(Reprime la angustia evidente de su voz.)** Que sí, mujer, que estoy bien... Estos dos de aquí son los que están mal. Si los vieras. (...) Sí, Carmenchu... Adiós... Un beso. Adiós. **(Cuelga.)**

(Preocupada, pensativa, tensa, SILVIA se dirige al sillón y se sienta. Permanece así un rato, mientras un cambio de luces nos sugiere un transcurso de tiempo y advertimos su perpleja pesadumbre. Tras esa pausa, se oye la puerta exterior. Aparecen, al cabo, PACO y FERNANDO.)

PACO.- ¿Está ahí? **(Tacto.)** ¿Dormida?

SILVIA.- (Sale de su ensimismamiento.) No, no estoy dormida. Os estaba esperando ¿Qué tal la película?

PACO.- Maravillosa, como siempre... Qué pena que Kim Novak se caiga al final de la torre. No se lo perdonaré nunca a don Alfredo... Pero qué pasa, ¿no nos besas?

SILVIA.- (Reacciona. Quiere parecer animada.) Claro que sí, ansioso, claro que sí. Y además vamos a cenar estupendamente esta noche. **(Los besa.)**

PACO.- ¿Qué cuento toca hoy?

SILVIA.- (Señala un libro diferente al del principio del acto.) Ahí tengo preparado uno. Será una sorpresa.

PACO.- ¿Cuándo nos lo lees?

SILVIA.- Antes habrá que cenar, ¿no?

PACO.- Yo no tengo hambre (**Imperioso.**) Y tú tampoco ¿verdad, Fernando de mi vida? (**Tacto.**) Él tampoco tiene hambre, ya lo ves.

SILVIA.- Lo que tú digas.

PACO.- Aperitivo: otro cuento de mamá Silvia.

(**Se sienta, con FERNANDO a sus pies.**)

SILVIA.- (**Ha ido a buscar el libro y se ha sentado junto a ellos, como antes. Lee.**) Mariquita Varela, casta esposa de Fernando Osorio, notaba que de algún tiempo a aquella parte se iba haciendo una sabia sin haber... (**Es evidente que intenta dominarse.**) ... sin haber puesto en ello empeño, ni pensado en sacarle jugo de ninguna especie a la sabiduría. Era el caso que, desde que los chicos mayores...

(**Se le escapa un sollozo. Estupor de los otros dos. SILVIA detiene su lectura.**)

PACO.- (**Angustiado.**) Silvia, ¿qué pasa? ¿Es que sucede algo?

(**Se agarra a FERNANDO, que también parece alarmado.**)

SILVIA.- No es nada, nada, no os preocupéis. Soy una sentimental... ¿Os acordáis que tenían que llamarme de Bilbao? Era una amiga que se separa de su marido. Y me he puesto muy triste. La pobre, con el tiempo que llevan juntos... y yo creo que le quiere, a su manera... Cómo nos fastidia que se separen los amigos, ¿verdad?

PACO.- Ya lo creo. Acuérdate de lo nuestro. Nadie lo comprendía. Nos dijeron que éramos caprichosos, inconstantes, frívolos... (**Silencio cargado.**)

SILVIA.- Está bien. Basta de sensiblerías. ¿Sabéis lo que voy a hacer? Empezar desde el principio, ¿de acuerdo?

(No responden. SILVIA comienza de nuevo la lectura del relato.)

Mariquita Varela, casta esposa de Fernando Osorio, notaba que de algún tiempo a aquella parte se iba haciendo una sabia sin haber puesto en ello empeño, ni pensado en sacarle jugo de ninguna especie a la sabiduría.

TELÓN

ACTO III

Han transcurrido un par de semanas. En escena están PACO, SILVIA y FERNANDO. Hay ambiente de celebración, como si fuera a haber una fiesta. Al levantarse el telón, los tres personajes ensayan un bolero. FERNANDO habrá de limitarse a determinados efectos de percusión.

SILVIA.- (A PACO.) Cuando quieras.

(PACO carraspea, posa y empieza a cantar.)

PACO.- (Canta. Recitativo melódico.) Atiéndeme. Quiero decirte algo, que quizá no esperes, doloroso tal vez...

SILVIA.- (Canta. Continúa el recitativo.) Escúchame, aunque me duele el alma, yo necesito hablarte, y así lo haré. **(En adelante, melodía plena.)** Nosotros, que fuimos tan sinceros, que desde que nos vimos, amándonos estamos. Nosotros, que del amor hicimos un son maravilloso, romance tan divino. Nosotros, que nos queremos tanto, debemos separarnos, no me preguntes más. No es falta de cariño, te quiero con el alma, te juro que te adoro y en nombre de este amor, y por tu bien, te digo adiós.

SILVIA y PACO.- (Simultáneamente.) Nosotros, que nos queremos tanto, debemos separarnos, no me preguntes más.

SILVIA.- (Continúa sola.) No es falta de cariño, te quiero con el alma, te juro que te adoro, y en nombre de este amor y por tu bien...

SILVIA y PACO.- (Concluyen simultáneamente.) ... te digo adiós.

**(Mientras cantaban, ha llegado CHARO desde la cocina.
Al concluir, aplaude.)**

CHARO.- Bravo, bravo...

PACO.- Gracias, distinguido público, pero debo recordarles a ustedes que sólo se trata de un ensayo general.

SILVIA.- Y ahora, vamos a prepararlo todo. ¿Está lista la cena, Charo?

PACO.- Qué prisa tienes mujer. Aún falta un buen rato para la hora de cenar.

SILVIA.- No tanto, sobre todo si tenemos en cuenta que hoy Fernando y tú os vais a afeitarse, ducharse y cambiarse de camisa. Por una vez, que coincidan las tres cosas en el tiempo.

PACO.- ¿No te parece demasiado? Nuestro amigo Medina no merece tanto. Se va a notar que consideramos su visita un acontecimiento.

SILVIA.- Lo es, Paquito mío, lo es.

PACO.- Pero me fastidia que se dé cuenta.

SILVIA.- Si quieres que esa visita te sirva de algo, tiene que darse cuenta.

(FERNANDO le dice algo a PACO, con el *tacto*.)

PACO.- ¿Qué dices...? (*Tacto. Indignado.*) Pero tú estás loco, o qué... (**A SILVIA.**) ¿Sabes lo que dice este *desgraciao*? Que va a ser peor que Medina nos vea. (**A FERNANDO.**) Pero si viene como amigo. Me ha dicho su mujer que viene a recordar los viejos tiempos. La puta manía de verlo todo negro... ¿Sabes lo que te digo? Que si no estás a gusto, te vas. Si no aguantas a Medina, nadie te obliga a que cenas con él. Eres muy dueño de cenar en un restaurante y después irte a una pensión a dormir. Y vuelves mañana, incontaminado, puro y tranquilo con tu conciencia.

(FERNANDO se levanta y sale apresuradamente de escena, camino de su habitación. PACO se queda quieto, como si mirase hacia el punto por el que ha salido FERNANDO.)

¡Fernando, no estás en tus cabales!

(CHARO estaba recogiendo cosas para llevarlas a la cocina. Sale ella también.)

SILVIA.- (**Mientras CHARO sale a escena.**) Trae el mantel. Lo vamos a poner ya...

PACO.- ¿Qué le pasa a Fernando? Está muy nervioso.

SILVIA.- Tú sí que estás nervioso.

PACO.- (**Se sienta.**) Entonces deberíais intentar calmarme un poco entre todos en lugar de agitarme más.

SILVIA.- (**Está quitándolo todo de la mesa para cuando CHARO traiga el mantel.**) Estás empezando a decir demasiadas tonterías, Paquito.

PACO.- ¿Lo ves? Lo que queréis es cabrearme. ¿Te parece bonito que vea a Medina nervioso y cabreado después de tanto tiempo?

SILVIA.- (**Continúa con su tarea.**) Cuando venga, seguro que se te quitan de repente todos los males.

PACO.- Vaya, no sabía que se había convertido en un varón milagroso.

SILVIA.- La capacidad de milagro la llevan dentro los creyentes como tú.

PACO.- Léeme un cuento. Eso me tranquilizará.

SILVIA.- Eres insaciable. Deberías ir a arreglarte, como te he dicho.

PACO.- Un cuento, antes. Sólo un cuento.

(**Regresa CHARO.**)

SILVIA.- Tenemos prisa. Si no, te contaría una variante de Cenicienta. Tal vez la conozcas ya. La elegida es una de las hermanastras porque el príncipe carece de medios para saber que la más virtuosa de las muchachas de su reino está oculta en el fondo de una cocina. Cenicienta se queda con un palmo de narices y el heredero del trono nunca llega a saber que en su reino existe una doncella de tan incomparables prendas.

PACO.- Caramba, Silvia. Quién lo diría. Una versión neorrealista de Cenicienta. Parece un guión de Zavattini.

CHARO.- Contándolo así, se ve que los pobres siempre salimos perdiendo.

PACO.- A los proletarios de todos los países les van a dar por el culo. Me voy a arreglar, que buena falta me hace. No le vaya a oler mal al señor Medina. (**Mutis.**)

CHARO.- Señora, ¿qué ha querido usted decir con ese cuento?

SILVIA.- Ni yo misma lo sé. El mantel, Charo.

CHARO.- Sí, señora.

(Ambas terminan de poner el mantel.)

SILVIA.- Trae la vajilla.

(Sale CHARO por la puerta de la cocina. Aparece FERNANDO. No se ha arreglado. Va hacia SILVIA. Se miran. Diferentes sentidos de desolación en ambas miradas. FERNANDO toma la mano de SILVIA, la mantiene así, pero no parece querer decirle nada.)

SILVIA.- **(Cree que FERNANDO quiere decirle algo.)** No entiendo, Fernando. No he aprendido aún lo suficiente vuestro lenguaje.

(FERNANDO parece ir a echarse a llorar.)

Fernando, por favor. Alguien tiene que permanecer en calma esta noche. No sé lo que me quieres decir.

(FERNANDO insiste.)

Te has vuelto observador. Desde tu rincón lo entiendes todo.

(Le abraza. Regresa CHARO con los platos.)

CHARO.- Qué hombres éstos. Mira que tener la vajilla en la cocina. Claro, que para lo que la usan... **(Ve a SILVIA y a FERNANDO compungidos.)** Venga, alegría, alegría, hay cena para cuatro y don Fernando tiene apetito por todos.

(Los otros la miran. SILVIA ríe. La muchacha advierte su nueva indiscreción.)

Pero qué bruta soy. Nunca aprenderé.

(Coloca el montón de platos encima de la mesa, seguida de la mirada atónita de FERNANDO y bajo el raudal de hilaridad de SILVIA.)

Usted dirá, doña Silvia, cómo los coloco. Yo no entiendo mucho de protocolo.

SILVIA.- No importa, mujer, no importa. **(Poco a poco, deja de reír.)** Trae todo lo demás. Mientras, yo misma coloco estos platos.

CHARO.- Como usted mande, doña Silvia. **(Vuelve a irse CHARO.)**

SILVIA.- Y tú vete a arreglarte, Fernando.

(Gesto de FERNANDO como si, indignado, se preguntara «para qué».)

No lo pongas más difícil, por favor. Hazlo por él. Si no te arreglas, creará que le haces el boicot.

(FERNANDO vacila unos instantes, mira a SILVIA, muy decidida en su labor de preparar cuatro cubiertos. Agacha la cabeza, y hace mutis rápidamente. SILVIA tararea, de manera apenas perceptible, una de las estrofas del bolero. Surge PACO.)

PACO.- **(Que se ha cambiado, pero no lleva puesta la chaqueta, que trae al brazo, ni la corbata, que lleva en la mano.)** Aquí Cenicienta dispuesta para el baile. Si no me equivoco, se encuentra entre nosotros el hada del amor poniendo la mesa. Sólo falta el príncipe encantador. Le recibiremos con cohetes.

SILVIA.- **(Pondera su aliño.)** Caramba, esto ya es otra cosa. Trae esa corbata. **(Toma la corbata y se la empieza a poner.)**

PACO.- ¿Has visto ese desastre? Me lo he cruzado, lo he tocado y todavía huele a tigre. No se ha cambiado.

SILVIA.- Es que tenías ocupado el baño.

PACO.- Qué baño ni qué baño. A ése es que le jode ducharse, te lo digo yo. ¿Te acuerdas de lo atildadito que iba siempre? Ni su sombra, vamos. Además, está cabreado porque viene Medina. Se consume porque nos va a ver así, uno ciego y otro mudo, hechos polvo. Tiene demasiado orgullo. No acepta las cosas como son. ¡Ay! Que me haces daño. Es una corbata, no un nudo corredizo. No quisiera morir ahorcado. Prefiero una muerte dulce, que no me entere.

SILVIA.- (Sigue intentando ponerle la corbata lo mejor posible.) ¿Una muerte dulce? ¿Qué tipo de muerte?

PACO.- Me gustaría morirme como dicen que murió Cleopatra.

SILVIA.- ¿Un áspid?

PACO.- El áspid y todo lo demás. El áspid solo no tiene gracia. La corte, los esclavos, la guerra, después de haberse tirado a César y a Marco Antonio, nada menos.

SILVIA.- Me parece que te vas a tener que conformar con el áspid.

PACO.- Pues bueno, me conformo con el áspid. Si encuentras por ahí alguno un día de éstos, te lo traes, me lo pones en la tetilla y hala, se acabó.

SILVIA.- No me lo digas dos veces, que te tomo la palabra.

PACO.- Tú misma sabrás cuándo necesito el áspid. Lo malo es que no hay ninguno por estos pagos. Víboras, sí. Pero morirse de la picadura de una víbora es de muy mal gusto. Te pones hecho un *ecce homo*, hinchado, qué asco.

SILVIA.- A ver... (Contempla a PACO, con la corbata ya puesta.) Estás muy bien esta noche, Paquito. ¿Te das cuenta? No hay más que cuidarse un poco. Ponte la chaqueta.

(Ella misma se la acerca y le ayuda a ponérsela.)

PACO.- Cuidarse un poco, lavarse, afeitarse, subirse al coche de doscientos caballos, que vale seis o siete kilos, ir a la bolsa, tomarse el aperitivo en el Plaza, comer en Horscher... Si ya lo sé, pero es que en los últimos tiempos estoy algo distraído, ¿sabes? Y desganado. Tengo misantropía. Ya se me pasará, Silvita, mi vida, y volveré a ser el de siempre. No sé qué hacen en la vida social sin mí. Deben de estar muy aburridos en la prensa del corazón desde que estoy recluso... No te jode.

SILVIA.- Si te pones así, no vuelvo a abrir el pico en toda la noche.

PACO.- (Se echa mano a los ojos.) Qué me pasa, maldita sea... Lo siento, Silvia, no me hagas caso...

(Vuelve CHARO con cubiertos, vasos y copas encima de una bandeja. PACO se vuelve hacia CHARO, como si pudiera verla.)

¡Charo...! ¡Milagro, milagro! ¡Veo! ¡Puedo ver! ¿No es maravilloso?

(Avanza hacia CHARO, nos da la impresión de que realmente hubiera recobrado la visión. CHARO coloca la bandeja encima de la mesa, no se espera lo que va a venir a continuación. PACO llega hasta la muchacha.)

¡Charo! Es verdad. Eres tan linda como yo imaginaba. No, más de lo que imaginaba.

(Ante la sorpresa de CHARO, la toma por las mejillas y la besa, sin que ella se atreva a apartarle. SILVIA, que se ha sorprendido del repentino humor de PACO, meneaba la cabeza, divertida a pesar de todo por aquella nueva salida del ciego. Cuando cesa el beso, PACO continúa su farsa.)

Charo, bonita,

(La abraza. CHARO mira a SILVIA, como para buscar auxilio, o tal vez instrucciones.)

escúchame. Tienes que escucharme ¿Te quieres casar conmigo? Silvia, aquí presente, nos da su permiso. Es el único impedimento legal, pero sabrá comprender nuestro amor. No tienes por qué responderme ahora. ¿Sabes? Desde mañana, o desde la semana que viene, seré un potentado de esta ciudad. Me voy a meter en la organización de ciegos, y riéte tú del cuponazo. Esto va a ser la hostia. Nadarás en la abundancia.

(La muchacha aprovecha para escapar, alarmada, asustada, y encuentra refugio junto a SILVIA.)

¿Dónde estás? ¿Dónde te has metido?

CHARO.- ¡No ve...! Doña Silvia, no era verdad, no ve...

SILVIA.- Venga, venga, que tenemos mucho que hacer. **(SILVIA pretende pasar a otro juego, más serio, más cotidiano, temiendo cualquier reacción de PACO.)**

PACO.- (Desolado.) Qué fresca, qué inocente eres, Charo... Qué buena, qué suerte tiene ese novio proletario y grosero que te espera a la vuelta de la esquina cuando sales de aquí... Me habías creído. No es ingenuidad, ¿verdad que no, mamá Silvia? Es otra cosa... Y no sé cómo llamarlo.

SILVIA.- Basta ya, Paco, que esto va a parecer *Marianela*.

PACO.- No, porque *Marianela* es fea. Y el ciego que recupera la vista se encuentra con que su lazarillo es una criatura feúcha. Y Charo es linda, fresca como un lirio en la solapa cuando vas a la ópera, joven y tierna como una promesa, suave como un atardecer en el mar desde los pinos... Esto no es *Marianela*, Silvita, te equivocas... Si acaso, *Besos robados*, de Truffaut, pero sólo por el título, lo demás no tiene nada que ver...

(Silencio. CHARO parece querer decir algo, pero no se atreve.)

Perdóname, niña, te he robado un beso, y sin embargo no me arrepiento, soy un cerdo, ¿te das cuenta? Aquí, el *robabesos* número uno de la huerta. Atención, muchachas de toda la ciudad, que viene don Paquito Ojeda y por menos de nada os atiza un beso que os deja secas... Claro, que ningún beso será como el tuyo, sorprendida por el sátiro al caer la noche... **(De repente, canta.)** Magnolia, olvida ese beso que yo te he pedido, y que no has sabido, muchacha, negar...

CHARO.- Don Paquito...

(PACO se vuelve. Ha captado la ternura y también el temor de la voz de la muchacha.)

Don Paquito... Créame usted si le digo que me ha gustado su beso y que nunca lo olvidaré... Pero también que... **(Se detiene, no se atreve a continuar.)**

PACO.- Pero también que será el último... No habrá más besos tuyos para mí. Claro que no. No estoy loco ni he llegado aún a semejante grado de estupidez.

CHARO.- Eso quería decir. Pero también... Que besa usted muy bien, que tiene usted una boca como un melocotón en el mes de julio... y que no tiene que enterarse nadie, y menos mi novio y don Fernando... **(A SILVIA.)** Doña Silvia... yo voy a seguir trayendo cosas...

(Sale rápidamente hacia la cocina. SILVIA y PACO quedan en silencio. Él siente la mirada de ella y no puede soportar su peso. No puede saber el rostro indulgente y apenado de ella.)

PACO.- Ya está bien, Silvia, aparta de mí tu mirada condenadora.

SILVIA.- Pero Paco, ¿es que no me conoces lo suficiente? ¿Por qué te iba a condenar? ¿Por comediante, por artista... o porque alguien me recuerda al cabo del tiempo que tienes una boca como un melocotón en el mes de julio?

(Ríe y él la secunda como puede.)

A mí nadie me ha dicho nunca nada parecido... No, no protestes. Tú me has dicho cosas maravillosas. Pero siendo de esta tierra, nunca me has comparado siquiera con una remolacha.

(Ríen. SILVIA va hacia él y se abrazan.)

Paco...

PACO.- Silvia... Qué difícil es todo... No sé cómo he podido atreverme.

SILVIA.- Tal vez no te hubieras atrevido a hacerlo a solas con ella. Necesitabas un público, era una comedia, una farsa.

PACO.- La comedia, la farsa... ¿Sabes? Si pudiera volver al cine, haría comedias, haría farsas. Es lo mío. Cómo no me he dado cuenta antes.

SILVIA.- Siéntate aquí en tu mecedora, anda. Charo y yo acabaremos de prepararlo todo.

(Le lleva hasta la mecedora.)

PACO.- (Se sienta.) ¿Qué cuento has preparado hoy?

SILVIA.- ¿Te parece poco cuento el que tenemos montado esta noche?

PACO.- (Canta.) Nosotros, que nos queremos tanto, debemos separarnos... **(Se detiene.)** Va a salir bien el bolero, ¿verdad? Medina se va a quedar alucinado. Se creerá que viene a una funeraria y nosotros nos ponemos a cantar boleros. Hala, jódete.

(Vuelven casi al mismo tiempo, desde sus respectivas puertas, FERNANDO y CHARO. PACO se levanta. Está animado, aunque en su gesto hay rabia y amargura.)

Es lo que estoy viendo. Dentro de un rato entrará por esa puerta, más gordo que nunca, más satisfecho que un ratón encima de un queso. Vendrá en plan de rey mago para niños pobres. Con una promesa o dos. Limosnas. Entonces nos verá tan contentos, felices de ser lo que somos, y encima le cantaremos boleros. Pasmadito. Se va a quedar pasmadito. Pero la cosa no va a quedar ahí. No. Después de vernos contentos y cantarines, vendrá lo mejor. Y lo mejor es lo que tengo preparado, lo que le voy a decir. Y lo que se me ocurra sobre la marcha. Eso sí, no quisiera pasarme. Tampoco es eso. El énfasis es malo cuando quieres herir a alguien. No se debe notar que le quieres herir. Ensañarse es ponerse en evidencia. Y esta noche voy a ser comedido y sutil. No, no os voy a dar un adelanto. Lo oiréis vosotros mismos. Le voy a cantar las verdades del barquero. Todo el mundo pidiéndole cosas, y yo me voy a permitir el lujo de despreciarle. A eso sí que no está acostumbrado nuestro buen amigo Carlos Medina, claro que no. Cree que el tiempo está de su parte. Y a lo mejor es verdad. Pero este tiempo no es el mío, ni yo soy de su tiempo. Ni Fernando tampoco lo es. Y tú menos todavía, ¿verdad, Silvia? **(Silencio.)** ¡Pero se puede saber qué pasa! ¿Es que no me va a contestar nadie? ¡Estoy hablando, sé que estáis ahí!

(Suena el teléfono. Todos miran allí.)

¿Quién puede ser ahora...? Mis hermanos, seguro que son ellos... Pero bueno, ¿nadie va a descolgar ese maldito teléfono?

SILVIA.- Ya voy yo. Seguro que es para mí. **(Descuelga.)** Dígame... Carmenchu, sí, soy yo. ¿Ocurre algo? (...) No, si estoy tranquila, muy tranquila. Por aquí van bien las cosas. ¿Y vosotros? (...) Me alegro. ¿Y Pedro? (...) ¡Cómo! ¿Contigo? (...) ¿Y se va a poner? **(Maquinalmente, intenta arreglarse el pelo.)** Sí, mujer, claro que estoy contenta... Díle... díle que se ponga (...) Pedro... Sí, muy bien... ¿Que tú...? Yo también te echo de menos, lo sabes muy bien... ¿Cuándo? (...) Pedro, mi vida, parece que lo hubieras adivinado, mañana estaré allí... No, no, aunque hubiera decidido quedarme más tiempo, también me iría... Por aquí, todo va mejor (...) Mañana, mañana,... Ya te contaré (...) **(No acaba de creer lo que le están diciendo al otro lado.)** ¿A buscarme? ¿Vas a ir a buscarme a la estación?

(...) Sí, por la tarde, no sé a qué hora. Sólo hay un tren. No será difícil averiguar... Yo también, yo también, Pedro. Hasta mañana... Un beso, mil besos... Yo también quiero los de verdad. Mañana los tendrás... y yo también los tendré... Un beso.

(Cuelga. No se atreve a mirar a los demás, cuyas reacciones se parecen mucho al estupor y la decepción. SILVIA parece avergonzada. Silencio.)

PACO.- (Que hace un esfuerzo por cantar.) Si tú me dices ven, lo dejo todo... Esta noche la cosa va de boleros. ¿Alguien me ayuda a levantarme?

(Acude rápidamente FERNANDO. SILVIA sólo ha podido esbozar el gesto, sin fuerzas para traducirlo en acto.)

Voy a echarme un poco, Fernando. Ven conmigo. Sí, conozco el camino, pero quiero mirarme en el espejo de la cómoda. Tú me dirás lo que ves. A lo mejor necesito arreglarme un poquitín más. En fin, en todas partes hay algún tullido que cuidar...

(Salen de escena PACO y FERNANDO. Silencio. CHARO mira a SILVIA. Tarda en atreverse a hablar.)

CHARO.- Doña Silvia... Usted me disculpará...

(SILVIA, la cabeza gacha, no mira a la muchacha.)

¿Es que le va a dejar usted ahora...?

SILVIA.- (Con hostilidad.) ¿Dejarle yo? ¿Es que no sabes que fue él quien me dejó a mí?

CHARO.- Señora, eso ya lo sé. Hace demasiado tiempo. Pero ahora don Paquito la necesita a usted más que nunca...

SILVIA.- (Irónica.) Charo, tú le puedes dar lo mismo, y unas cuantas cosas más. Si tú no puedes ser caritativa, ¿por qué iba a serlo yo? He venido a verle, me he quedado en esta casa más tiempo del que tenía previsto, más de lo prudente...

CHARO.- Y mientras tanto, le ha dado achares al de Bilbao...

SILVIA.- ¡Qué dices, estás loca! Eso es una impertinencia y no te consiento...

(Silencio. Ahora es CHARO quien baja la cabeza.)

CHARO.- Perdóneme, doña Silvia... Tiene usted razón... Además, cada uno tiene su vida... Yo sólo le decía...

SILVIA.- (Se arrepiente de haber sido tan dura con la muchacha.) Lo sé, Charo, sé lo que me querías decir. Tranquilízate y te diré algo también. Escucha, en adelante Paco ya no me necesitará, ya no me echará de menos.

CHARO.- ¿Está usted segura? ¿Se da cuenta lo que supondrá para don Paquito?

SILVIA.- Quién sabe. A lo mejor Carlos lo arregla todo.

CHARO.- ¿Lo dice usted en serio?

SILVIA.- (Pensativa, grave.) Pase lo que pase, todo se arreglará. Te lo aseguro.

CHARO.- No lo entiendo, señora. Soy muy torpe. Perdóneme, voy a la cocina a...

(Comienza su mutis, pero antes de concluirlo, vuelve a sonar el teléfono. Se detiene, expectante. Ambas se miran con amargura. SILVIA va al teléfono y, antes de que descuelgue, surge PACO, rápidamente, desde su habitación, seguido por FERNANDO.)

SILVIA.- (Descuelga.) Dígame (...) Sí, soy yo (...) ¿Lali? Claro, claro... Sí, sí. **(Se vuelve hacia el punto donde está PACO, como sorprendida en falta.)** ¿Que no podrá...? Pero Lali, si lo tenemos todo preparado (...) ¿Una reunión de trabajo a estas horas? (...) No, mujer, entiéndeme, yo no conozco los entresijos de... (...) Claro, claro, no es vida, y tú que lo digas (...) ¿Lucía? ¿Quién es Lucía? (...) Ah, sí, Lucía Serrano (...) Bueno, eso quizá no tenga importancia... Yo me voy esta misma noche, ¿sabes? Ya no puede contar conmigo (...) Claro, mujer, es que nadie es imprescindible... Nadie (...) Sí, se lo diré ahora mismo... ¿Quieres que se ponga? (...) Claro, Lali, lo comprendo... Dale... dale recuerdos a Carlos... Adiós.

(Cuelga. Queda de espaldas a los demás, sin querer mirar sus rostros. Permanecen inmóviles un rato. Al final, PACO, apoyado en FERNANDO, va hasta su mecedora y se sienta.)

PACO.- Charo, ¿estás ahí?

CHARO.- Sí, don Francisco.

PACO.- Retira un cubierto, por favor. Sólo seremos tres.

CHARO.- Perdone el señor... Seremos cuatro... **(Mira a SILVIA, a la que sonrío, apocada y sin embargo decidida.)** Hoy me puedo quedar un rato más... Doña Silvia me convida a cenar con ustedes... Le diré a mi novio que venga a buscarme más tarde... Si ustedes no tienen inconveniente, claro está...

(Los cuatro permanecen unos instantes en silencio. Se miran SILVIA, FERNANDO y CHARO. Oscuro.

Transición al cuadro final.

Al iluminarse de nuevo la escena, SILVIA está sola, recogiendo los restos de la cena. Parece ensimismada, nerviosa, alterada. Aparece CHARO con una bandeja. En el breve diálogo siguiente, SILVIA intenta fingir despreocupación, ligereza.)

CHARO.- Aquí están las copas, doña Silvia.

SILVIA.- ¿Está frío el champán?

CHARO.- Seguro que sí, señora.

SILVIA.- No lo saques hasta el último momento.

CHARO.- Yo nunca bebo champán. Se me sube mucho a la cabeza.

SILVIA.- Hoy lo beberás. Tienes que hacer una excepción.

CHARO.- Lo que es hoy, el Ramón se va a mosquear a modo.

SILVIA.- Es verdad. ¿Qué hora es ya?

CHARO.- Más de las once, señora.

(Han ido recogiendo los pocos restos que quedaban. Los colocan en una bandeja y CHARO se los lleva a la cocina. SILVIA se queda sola. Regresa a su estado de ánimo del principio. Enciende un cigarrillo y mira fijamente al vacío, expulsando el humo con ansiedad. Llega FERNANDO. Ella no lo advierte hasta que se coloca a su lado.)

SILVIA.- Fernando...

(Se da cuenta del especial estado de desesperada excitación que presenta FERNANDO.)

¡Pero qué te pasa...! ¿Estás mal?... Claro que estás mal. ¿Y Paco, qué está haciendo? Que salga ya, el champán está listo.

(FERNANDO toma la mano de SILVIA. Ella espera una comunicación.)

¿Esta noche...? Esta noche, ¿qué? (*Tacto.*) ¿Que si lo voy a hacer esta noche? El qué... (*Tacto.*) ¿En mi habitación? (*Alarmada.*) ¡Que has registrado mi habitación! ¿Por qué has hecho eso? (*Tacto.*) No te comprendo, Fernando... Sí, ya sé lo que has descubierto (*Tacto.*) ... pero no sé qué me quieres decir.

(FERNANDO hace un gesto de impotencia y busca en uno de sus bolsillos. Saca un diminuto papel, escribe algo y se lo tiende a SILVIA. Ella lo lee. Deja escapar un breve grito.)

¡Ah! «Dame lo mismo que a él». **(Le mira fijamente, atemorizada.)** ¿Cómo has podido adivinar...? Por eso has registrado mi habitación...

(Sin dejarse de la mano, se miran fijamente.)

¿De veras quieres tú también...? ¿De veras...?

(Estalla en llanto y se arroja en brazos de FERNANDO.)

No, tú no, lo tuyo es distinto...

(Permanecen abrazados unos instantes, pero él se separa por fin, quiere insistir en su pretensión. *Tacto.*)

Sí, sí... Como tú quieras... **(*Tacto.*)** ¿Champán...? Sí, antes nos beberemos el champán...

(Un repentino y falso júbilo. El papel con el mensaje de FERNANDO cae al suelo, disimulado junto a la mesa. *Tacto.*)

¿Cómo? **(*Tacto.*)** Es... es material de trabajo. ¿Sabes? No estoy en una distribuidora cinematográfica, sino en un laboratorio de productos farmacéuticos... Lo he preparado yo misma.

(Ríen, con una risa infinitamente triste. Así les sorprende PACO, que surge desde su habitación.)

PACO.- Vaya cachondeo que os estáis corriendo... ¿Quién es la víctima?

SILVIA.- ¿Quién va a ser? Tú. No tenemos otra más cerca.

PACO.- Ni más víctima que yo. Como no sea ese pobre animal, que se ríe sin sonido, sólo con aire.

(Reacción de FERNANDO, cuyo rumor es percibido por PACO.)

Si hay botellas cerca, quítalas de en medio. Es capaz de romperme una en la cabeza. **(A tientas, ha llegado a su mecedora.)**

SILVIA.- **(Contiene a FERNANDO.)** Venga, vamos a tomarnos una copita de champán.

PACO.- **(Se sienta.)** ¿A la salud de quién? ¿De Carlos Medina?

SILVIA.- ¿Es que no te vas a olvidar de ese hijo de puta de una vez?

PACO.- Estoy seguro de que mañana tendré noticias tuyas.

SILVIA.- La Organización de Ciegos.

PACO.- Tú lo has dicho.

SILVIA.- Entonces brindaremos por eso.

PACO.- No. Porque eso se lo va a meter en el culo. Prefiero brindar por otra cosa. No todo va a ser negativo. Brindaremos por tu felicidad conyugal.

SILVIA.- No. Por eso no merece la pena brindar.

PACO.- ¿Tan segura la tienes?

SILVIA.- Al contrario. Por eso merece la pena.

PACO.- Caramba. Esto ya no es un bolero. Esto es un tango. **(Canta, aunque a duras penas.)** Cuando la suerte que es *grela*, fallando y fallando, te largue *parao*... Venga, venga, dile a Charo que traiga ese maldito espumoso...

(En ese momento aparece CHARO con el champán.)

CHARO.- Tranquilo, don Francisco, aquí lo tiene usted.

PACO.- ¿Y las copas?

CHARO.- Está todo. Todo, don Francisco.

PACO.- Pues nada, mujer, vamos a brindar por la vida. Que la vida es hermosa, alegre, pródiga en plenitudes... **(Canta.)** Gracias a la vida, que me ha dado tanto... Esto ya es otro tipo de son. ¿Verdad, Silvia? Es de nuestros tiempos... Por entonces no queríamos saber nada de boleros ni de tangos. ¡Que cosa más antigua, qué horror! Y ya lo ves, ahora tenemos la moda retro. Aunque, ¿hay algo más retro que nosotros?... Pero bueno, vamos a ver, ¿es que nadie va a abrir esa maldita botella?

SILVIA.- **(Mientras FERNANDO se precipita a la botella para descorcharla.)** Venga, Paco, no nos regañes encima por escuchar embelesados tu animada charla. Ya se ocupa Fernando de descorchar la botella.

PACO.- Charo, ¿dónde estás?

CHARO.- Aquí, don Francisco.

PACO.- No temas nada, pequeña. Sólo quería asegurarme que no habías vuelto a la cocina, atemorizada por las imprevisibles reacciones del minotauro que habita este laberinto. No más sorpresas, lo juro.

CHARO.- **(Preocupada por si FERNANDO comprende algo.)** Calle usted, don Francisco. La sorpresa la voy a tener yo dentro de un rato, cuando mi Ramón me pida explicaciones.

PACO.- Le daremos todas las que necesite y quiera. Aquí un especialista, don Paco Ojeda, explicador, experto en «animadas charlas».

(Ruido de la botella al descorcharse. SILVIA y CHARO aplauden.)

¡Vaya por Dios! ¡Por fin has hecho algún ruido, Fernandito!

(Mirada de rabia de FERNANDO, pero acude SILVIA al quite.)

SILVIA.- Venga, alegría, alegría. Que estamos en familia, a celebrarlo.

PACO.- (Mientras SILVIA sirve las copas.) Sí, hay que celebrar que la familia se separa.

SILVIA.- (Sin darle importancia aparentemente.) No vuelvas a empezar...

CHARO.- (Levanta la copa.) Don Paco, por usted...

PACO.- No, no, protesto. No debe malgastarse un brindis, ni un voto, ni un deseo, en mi irreparable causa.

SILVIA.- Pues ya que ni tú ni yo queremos que se brinde por nosotros, brindemos por Charo.

CHARO.- Se lo agradezco, doña Silvia, pero aquí no soy nadie. ¿Por qué iban a brindar por mí?

SILVIA.- Porque en ti todo es posible todavía.

CHARO.- Usted lo ha dicho, señora. Es posible lo bueno, lo malo... y lo peor.

PACO.- Pues entonces, no le des más vueltas. Aún estás a tiempo de plantarle.

CHARO.- ¿Se cree que no lo he pensado ya? Primero quise dejarlo por falta de ilusión. Ahora tengo tan poca, que tal vez me case con él.

(Perplejidad de los otros tres.)

Quiero decir que primero me defraudó, después pensé que de todas formas me sería difícil a mí encontrar nada mejor, y ahora estoy convencida de que eso no lo hay en ningún sitio... No sé si me equivoco, tal vez soy muy burra...

PACO.- No, hija mía, yo lo llamaría sabiduría popular. Es el viejo escepticismo del pueblo hacia los políticos que, por qué no, es muy legítimo ampliarlo a los novios.

CHARO.- No se burle usted de mí, don Francisco.

SILVIA.- (Antes de que PACO continúe su cháchara.) No pretendas pescar en río revuelto. No te va a servir de nada.

(PACO no tiene tiempo de reaccionar. Los otros le colocan finalmente ante el brindis.)

Y ahora, a brindar de veras. Por nosotros, que nos queremos tanto.

PACO.- (Le toma una mano a SILVIA.) Por nosotros, que nos quisimos tanto.

(Beben los cuatro.)

SILVIA.- Y ahora, Charo, ya puedes ir a cumplir con tu novio.

PACO.- No le des muchas explicaciones. Aquí, las palabras no les sirven de nada a los indígenas. Lo sé muy bien. Soy uno de ellos.

SILVIA.- Déjala en paz de una vez. Es ella quien se las va a ver con tu paisano de la clase obrera, no tú. Adiós, Charo, gracias por haberte quedado a cenar.

CHARO.- Adiós. Lo he pasado muy bien. Adiós.

(Da besos a todos, incluido FERNANDO, que la despiden. Pero PACO permanece en silencio. SILVIA la acompaña hasta fuera. Silencio entre PACO y FERNANDO. Regresa SILVIA.)

SILVIA.- Aún queda para una copita. ¿Quién se anima? (Sirve tres copas.)

PACO.- Y tú la tienes como las uvas de octubre... Eso podía haberle contestado. Melocotón de julio, uvas de octubre... Y sería verdad... Qué lástima, Dios mío, qué lástima...

SILVIA.- ¿Otra vez apiadándote?

PACO.- Me flagelo.

SILVIA.- Si te divierte...

(Le da una copa a FERNANDO, que mira a PACO sin comprender.)

No le hagas caso, Fernando. No hay remedio.

(Le va a dar la tercera copa a PACO, que ha empezado ya su mutis.)

PACO.- Me voy a leer un rato antes de dormir.

SILVIA.- **(Ríe.)** Antes... antes de dormir... ¿Has oído, Fernando?

(Ya ha salido PACO. FERNANDO mira fijamente a SILVIA.)

¿Qué pasa...? ¡Ah, sí, ya sé...! Pero antes vamos a brindar, ¿no te parece? Y puesto que tú y yo somos los únicos que sabemos lo que nos traemos entre manos, que sea un brindis apropiado a las circunstancias.

(Ambos tienen una copa en la mano.)

Por el amor...

(Beben.)

Qué cursi soy...

(FERNANDO toma la mano de SILVIA. *Tacto.*)

¿Ahora?... Después de todo, ¿para qué aplazarlo más? (*Tacto.*)
Sí, después va Paco, pero a ése no hay que decirle una palabra.
Con lo cagueta que es. Le conozco muy bien. (*Tacto.*) A veces
pienso que no intentó suicidarse, sino que fingió. (*Tacto.*)
Bueno, si tú lo dices... Al fin y al cabo, estabas más cerca...
(**Con repentina gravedad.**) ¿Estás seguro de tu decisión? (**Él
asiente, firme.**) Está bien.

(**Sin soltarse de la mano, le arrastra tras ella en dirección
a las habitaciones. Desaparecen por allí. La escena
permanece sola unos instantes. Regresa PACO, que parece
sorprendido al no oír ningún ruido que denuncie
presencia de alguien.**)

PACO.- Fernando... Silvia... ¿No hay nadie? (**Avanza hacia la
mesa. Tantea. Encuentra su copa, pero la hace caer.**) ¿Qué
torpe estoy esta noche! (**Tantea y alcanza la botella. Al peso,
comprueba que aún queda algo de líquido. Se sirve una
copa.**) A ver, un brindis... ¿Por Cleopatra! Mi modelo, mi ideal
del yo, mi yo ideal, mi pauta, mi ejemplo... a la hora de morirse.
Morirse. Quién pudiera morirse... (**Finge hablar con
FERNANDO y con SILVIA.**) Vosotros me queréis, verdad que
sí, pues entonces libradme de una vez de esta carne, esta sangre
y estos huesos. Será una muestra de amor, de auténtico amor.
Pero no, no me queréis hasta ese punto. (**Oye a SILVIA, que
aparece inmediatamente después de hacer ademán de oírla
acercarse.**) Silvia, ¿dónde estabas?

(**SILVIA llega con un maletín. De él sacará un frasco. Es
evidente su mutación, aunque de momento parezca fuerte,
decidida.**)

SILVIA.- Siéntate, Paco...

PACO.- ¿Y Fernando? (**Va a sentarse, obediente.**)

SILVIA.- Se ha ido a la cama. (**Pone en una copa el escaso
resto de champán de la botella.**)

PACO.- ¿A la cama? No puedo creerlo. ¿A estas horas? No son horas para la gente del cine.

SILVIA.- **(Pone el líquido del frasco en la copa de champán.)** Toma.

PACO.- ¿Qué es esto?

SILVIA.- Un brindis. El último.

PACO.- ¿El último? Si es el último, me niego a brindar.

SILVIA.- El último... hasta la próxima vez. Cuando volvamos a vernos.

PACO.- Qué lástima que te vayas. Ahora que alguien me contaba cuentos. Ahora que brindábamos tan a menudo...

(Brindan. La copa de ella está vacía.)

Qué mujer tan completa. Cuánto has mejorado desde que estás sin mí.

(SILVIA reprime un sollozo, imprevisible momentos antes, cuando entró tan decidida. PACO se toma el contenido de la copa. Él sigue hablando, pero con lentitud, mientras ella guarda un terrible silencio.)

Siempre hace falta una mujer que cuide de ti... Ahí tienes al cabrón de Medina. Cuando no llama su secretaria, llama su mujercita... Y le libran de todos los embolados... De mí, entre otros...

(Silencio. Contraste entre la amargura de SILVIA y la confianza de PACO, ajeno a todo.)

Yo también iré a echarme dentro de un rato. Pero antes podías leerme algo. Un cuento, ¿no te importa? Será el último. El último cuento de mamá Silvia.

SILVIA.- (Deja el frasco en el maletín.) ¿Un cuento? ¿Y por qué un cuento? ¿No puede ser otra cosa? Un poema, por ejemplo.

(Toma una silla y se sienta junto a él. Le aprieta la mano.)

Por ejemplo... **(Piensa.)** Tiempo...

PACO.- No, Silvia, algo menos deprimente.

SILVIA.- Pero si también hay esperanza en ese poema. Ahora que he vuelto a leerlo he podido advertirlo. Me lo sé de memoria.

PACO.- No. Mejor lee el romance que te dediqué cuando... cuando nos queríamos tanto... Cuando pudimos tener un hijo... Qué lástima no haber tenido un hijo... Recita... recita el poema, por favor...

SILVIA.- Está bien, como quieras. También me lo sé...

(Aprieta una mano de él con las dos suyas. Una pequeña pausa. Recita lentamente. No le mira.)

El sol en mil espejuelos se amontona en nuestras aguas, mientras buscamos la dicha, hartos de tanto encontrarla...

(PACO parece adormecerse. Ella reprime un sollozo. Recita los siguientes versos tensa, con un resquebrajamiento en la voz.)

Hoy me he bañado en tu vientre y tú has hollado mi espalda, me han llegado escalofríos de tu boca de granada. Nos sorprendieron los gallos cantando viejas romanzas y ahora, embriagados de luces, un suave sueño nos llama.

(PACO ya está adormecido por completo. Ella retira sus manos. Caen las de PACO. En un grito.)

¡¡Paco!!

(Llora sordamente, inconsolable, durante unos instantes. Pero consigue reponerse en seguida. Se levanta. Apaga las luces. Sale por la puerta de acceso a las habitaciones. Surge poco a poco, como si llegara de lejos, el bolero, *Nosotros*, que aumenta de volumen hasta el final. Vuelve SILVIA, con una maleta. Toma también el maletín y se dispone a salir. Contempla a PACO. El bolero aumenta de volumen. SILVIA se encamina decidida, en la penumbra, hacia la puerta de la calle. En algún rincón queda olvidado el papel que escribió FERNANDO. El bolero concluye tras la repetición de los versos finales. Tras el último de ellos, «te digo adiós», se hace un silencio repentino. Entonces, rápidamente, cae el

TELÓN FINAL